

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año IV ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 167

Carta del Almirante

D. Cristóbal Colón

*á don Luis de Santángel anunciando el
descubrimiento de América*

I

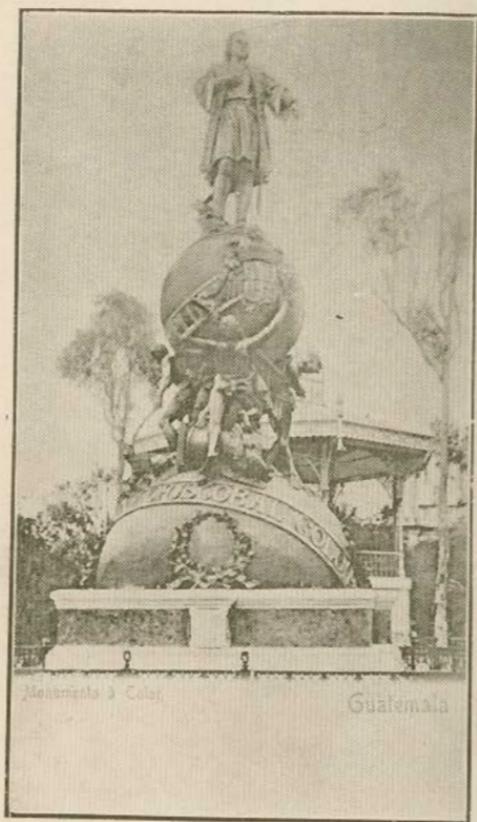
Con ocasión del 4º centenario del descubrimiento de América, escribió S. S. León XIII: "Por inspiración divina y "obra de Colón brotó de las aguas un nuevo mundo. Colón "es nuestro". Columbus noster est.

Cuanto se refiere, en efecto, á hombre tan extraordinario y maravilloso, reviste siempre excepcional importancia, y hoy 12 de octubre, en que todos celebramos el acontecimiento más grande de la Historia, me permito publicar, contribuyendo en la medida de mis modestas fuerzas al propósito de extensión de cultura que anima al Ateneo de Costa Rica, estas breves notas, para las que, no habiéndome dedicado con especialidad á estudios americanos, solicito la benevolencia de los doctos en ellos. Un trabajo completo en el asunto requiere la inspección personal de documentos existentes en Europa y la consulta de obras como las de Gaffarel,

Hugues, Thacher, Harrisse, Barchet y otros que en vano he buscado en esta capital.

Redactado este artículo, y, cuando parte de él se encontraba ya en las cajas, supe, pocos días ha, que en la Biblioteca del señor Presidente de la República, don Cleto González Víquez, existía uno de los libros que deseaba yo consultar. El Jefe del Estado, con la amabilidad que le caracteriza, puso á mi disposición la obra, que es la publicada por Cesare Lollis, en 1892, sobre los escritos de Colón, trabajo monumental, compuesto de varios infolios, lujosamente editado por el Ministerio de Instrucción Pública de Italia, y verdadera rareza bibliográfica (1). En ella se estudian y analizan los escritos de Colón con escrupulosa minuciosidad, copia de datos y erudición profunda que demuestran los grandes conocimientos que atesora el autor en la materia.

El número segundo se ocupa precisamente de las cartas de Colón á Santángel y Sánchez, y constituye una preciosa é interesante monografía que deberá consultar quien busque pormenores y detalles que no caben en un artículo de vulgarización como el presente.



Guatemala.-Monumento de Colón

(1) Scritti di Cristoforo Colombo, pubblicati ed illustrati da Cesare de Lollis. Roma auspice il Ministero della Pubblica Istruzione 1892.

Hasta mediados del siglo anterior se había creído que el primer documento publicado acerca del descubrimiento de América, era la *Epístola Christophori Colom cui etas nostra multum debet*, impresa en Roma en abril de 1493, traducción al latín, por Leandro Cosco, de la carta que el Almirante dirigió á Rafael ó Gabriel Sánchez, Tesorero de los Serenísimos Monarcas (1).

En 1863 se halló en la Biblioteca Ambrosiana un folleto de 4 hojas, en 4º pequeño, sin fecha ni lugar de impresión, probablemente de 1493, y que contenía el texto español perdido. Este folleto, preparado, sin duda, por un español, no parece, sin embargo, ser obra de prensa española. Don J. M. Asensio, en su *Vida de Colón* y en la *Revista de España*, 1891, sostuvo que el ejemplar de la Ambrosiana era obra de los impresores Menardo Ungut y Lanzalao Polono, establecidos en Sevilla, 1493; pero Mr. Harrisse, en una revista alemana, refutó victoriosamente aquel aserto, negando la identidad de tipos del impreso Ambrosiano con los del *Floreto*, que invocaba el señor Asensio.

D. Genaro H. de Volafan publicó en Valencia, 1858, la epístola de Colón á G. Sánchez, copiándola de un manuscrito, hoy desaparecido, del Colegio Mayor de Cuenca. La primera edición fué encontrada en España en 1889, y consta de dos hojas en folio, impresas en Barcelona en 1493. El único ejemplar existente lo adquirió Mr. Maisonneuve, luego B. Quaritch en 1,600 libras esterlinas, y ha pasado, creo, al Museo Británico. Reproducido en fac-símil, en edición de 100 ejemplares, poseo el número 57, que pongo á disposición de quien quiera examinarlo. Contiene la carta escrita por Colón en la carabela, el 15 de febrero de 1493, y dirigida á Luis de Santángel, Escribano de ración, ó Ministro de Hacienda que hoy diríamos, de los Reyes Católicos, en la Casa Real de Aragón. De la carta á Santángel se hicieron dos ediciones en castellano (2), tres en italiano de la de Sánchez y nueve

(1) Viajes y descubrimientos. Fernández Navarrete. Madrid 1825.

(2) "España en América"—1450 á 1580, por E. Gaylor Bourne, Habana 1906. La obra *Spain in America*, es la justificación más acabada del régimen colonial implantado por España en el continente americano, y su autor, Mr. Bourne, profesor en la Universidad de Yale, Estados Unidos.

en un año de la traducción latina de Cosco; esta última, base de otras traducciones, es la que más difundió en Europa la noticia del descubrimiento.

Son bien conocidos por el *Diario de la Navegación*, de Colón, los sucesos conmovedores, las dificultades y peligros por que pasó al regresar á Europa de su primer viaje. Sorprendidas las naves por violentas tempestades y *espantables olas* (1), á la altura de las Azores, primero, y, después, al aproximarse á las costas de Portugal, el Almirante y las tripulaciones creyéronse perdidos, y el 14 de febrero, "porque "si se perdiese con aquella tormenta los Reyes hobiesen noticia de su viaje, tomó un pergamino y escribió en él todo "lo que pudo de todo lo que había hallado, rogando mucho á "quien lo hallase que le llevase á los Reyes. Este pergamino "envolvió en un paño encerado, atado muy bien, y mandó "traer un gran barril de madera, y púsolo en él sin que ninguna persona supiese qué era, sino que pensaron todos que "era alguna devoción, y así lo mandó á echar en el mar".

El 15 de febrero empezó á mejorar el tiempo, y cuando, *después del sol puesto comenzó á mostrarse claro el cielo* (2), debió Colón preparar ó concluir su carta á Santángel, que aparece FECHA EN LA CARAVELA SOBRE LAS ISLAS CANARIAS Á 15 DE FEBRERO DE 1493 (3), y, al entrar AQUI EN ESTE PUERTO DE LISBONA OY (4), agregó la post-data ó ánima (5), Y ÉSTA CARTA ENVIÓ COLÓN AL ESCRIBANO DE RACIÓN DE LAS ISLAS HALLADAS EN LAS INDIAS, CONTENIDA EN OTRA DE SUS ALTEZAS.

(1) Palabras de Colón.

(2) Diario de Colón.

(3) La tierra que el Almirante vió en ese día no era de las Canarias, sino una de las Azores.

(4) Colón llegó á Lisboa el 4 de marzo, aun cuando el documento dice 14.

(5) Navarrete dice que entonces llamaban ánima al papel escrito que se introducía en la carta después de cerrada; pero Gayangos en *La América*, 1867, ha demostrado que la versión exacta es "nyma", más tarde "nema", tira de papel colocada en la parte exterior de una carta, á manera de candado, sobre la cual se ponía el sello. Esta corrección en la edición Ambrosiana es una de las pruebas de que realmente primó, mejorándolo, el texto de la de Quaritch.

Mucho se ha discutido si fué precisamente esta misma carta la remitida á los Soberanos desde Lisboa ó desde Palos, á donde llegó el 15 de marzo, pues desde ambos puertos comunicó el Almirante á los Reyes (1); pero es evidente que en 30 de marzo (2) tenían ya Doña Isabel y Don Fernando noticia del arribo de los barcos, porque en ese día, desde Barcelona, escribieron á Colón: “Vimos vuestras letras y hobimos mucho plazer en saber lo que por ellas nos escribistes, y de haberos dado Dios tan buen fin en vuestro trabajo, y deseamos que vuestra venida fuese luego: por ende por servicio nuestro que dedes la mayor prisa que pudiéredes en vuestra venida”.

Al entrar Colón en Lisboa, el 4 de marzo, tenía ya escrita la carta á Santángel y agregó una breve post-data con los últimos sucesos de la navegación. No guardó la epístola hasta llegar á Palos, sino que la remitió inmediatamente á su destino, y así fué conocida en Barcelona en la primera quincena del mes, esto es, lo que tardaría un *rápido correo* (frase de Don Fernando Colón) en ir de Portugal á la residencia de los Soberanos.

Tenemos de ello un testimonio fehaciente. El Tesorero del Rey, G. Sánchez, informó á su hermano Juan, residente en Florencia, del arribo de Colón á Lisboa, mandándole copia de una carta escrita por el Almirante á ciertos *consejeros del Rey*, copia por la cual se supo ya en Italia, del 25 al 31 de marzo, el descubrimiento de América. Colón pensó ir desde Lisboa, por tierra, al encuentro de los Reyes; desistió, tal vez, por desconfianza á Portugal, y, sin informar á los Soberanos del puerto español en que tocaría, continuó á bordo de *La Niña*, con rumbo á Barcelona. Habiendo anclado en Palos, el 15 de marzo, envió el segundo aviso, y de esta manera se explica la Carta Real, fechada en Barcelona el 30 del referido mes.

Colón recibió en Sevilla el mensaje de los Reyes, y el 15 de abril entró en Barcelona, verificándose aquel grandioso recibimiento, motivo de profundas reflexiones para el filósofo historiador y tema inagotable para la pintura y la poesía.

(1) Historia del Almirante por Don Fernando de Colón, su hijo.

(2) Navarrete.—Colección de viajes.—Tomo 2º

El texto de la epístola de Colón á Santángel, describiendo las tierras recientemente halladas y sus habitantes, era conocido desde que Fernández Navarrete lo publicó en 1825, copiándolo del original existente en Simancas; pero, entre el documento de que vengo ocupándome, el de la Ambrosiana y la traducción de Cosco, existen variantes de importancia que Lollis ha estudiado magistralmente, comparando las primitivas ediciones. La carta á Santángel es sustancialmente la misma dirigida á Sánchez, como si Colón, después de escrita aquélla, la hubiese repetido enviándola también al segundo, ó más bien, como si la carta á Santángel, *única*, llevase dos direcciones ó la recomendación de comunicarla también á los consejeros del Rey. Colón, para su correspondencia, debió preferir á Santángel. Recuérdese que él le prestó el dinero para la expedición, que era su amigo y partidario y que habría de tener *gran placer* por el buen éxito de la empresa, como le dice al empezar. Colón escribió *una* sola carta, pues las variantes de los 6 textos que se conocen en la actualidad no son tan sustanciales que hagan suponer diferentes originales.

Conocida en Barcelona en los primeros días de marzo, era muy lógica la creencia de que allí hubiese sido impresa; pero esta conjetura es hoy un hecho enteramente indiscutible, en presencia de la edición encontrada últimamente. Léase la copia que insertamos á continuación y se verán en ella pruebas de un trabajo catalán. Las palabras *MAGESTAT, VENIT, GRANDS, QUALLS, TEMPORALS, MUJERS, LINIA, TENIEN*, corregidas en el folleto de la Ambrosiana en *MAGESTAD, VENID, GRANDES, QUALES, TEMPORALES*, evidencian su impresión en Cataluña; y si se pudieran reconocer las obras de los impresores de entonces, comparar letras y examinar otras particularidades, hasta llegaría á saberse de qué prensas salió. Que es anterior al de la Ambrosiana, se comprueba igualmente de otro modo: una de las maneras más usadas de escribir Colón, era *haun que* por *aunque*: en el pasaje relativo á la generosidad de los indígenas, el impreso de Barcelona estampó *HAŪ*, y el editor del 4.^o Ambrosiano, creyendo que significaba haber, puso *HAVE*, con lo cual el período resultó desprovisto de todo sentido. De los 89 catalanismos que Quaritch menciona, muchos pueden ser faltas de impresión ó italianismos; pero estos

últimos no bastan á explicar una primera edición italiana y hasta napolitana, como algunos han pretendido.

Careciendo el ejemplar de colofón, fecha y lugar de impresión, se explican perfectamente las reservas de Lollis y sus dudas de si será ó no la edición primera; pero las razones expuestas por Quaritch, al reproducirlo en fac-símil, me parecen más convincentes.

Resumiendo: 1º No se conoce edición española anterior á la reproducida en fac-símil por Maisonneuve y Quaritch; 2º Contiene catalanismos evidentes; 3º Habiéndose recibido en Barcelona la carta á Santángel en la primera quincena de marzo, 1493, es razonable conjeturar que allí se imprimiese; 4º Hay que excluir la posibilidad de una 1ª edición en español, hecha fuera de España; 6º Mientras no se alegue prueba en contrario, ésta deberá considerarse la edición *princeps*.

A la tipografía de Barcelona corresponde, pues, el honor de haber impreso el primer documento sobre el descubrimiento de América, cuando se encontraban reunidos en la capital del Principado los ilustres personajes de este grandioso suceso, y antes, naturalmente, de ser conocido en el resto de Europa por reimpressiones ó traducciones.

III

El texto de la tan repetida carta, copiado con la mayor exactitud del ejemplar que tengo, y en la imposibilidad de reproducirlo fotográficamente, es el siguiente:

Señor por que fe que aureis plazer dela grand vitoria que nuestro feñor me ha dado en mi viaje vos escruio esta por la q̄l fabreys como en ueinte dias pafe A las idias cō la armada q̄ los illuſtriffimos Rey e Reyna nros feñores me dieron dōde yo falle muy muchas Yllas pobladas cō gente fin numero; y dellas todaf he tomado pofesion por fus altezas con pregon y uãdera rreal eftendida y non me fue cōtradicho Ala primera q̄ yo falle pufe nonbre fant ſaluador a comemoracion defu alta mageſtat el qual marauilloſo niente todo eſto andado los idios la llaman guanaham Ala ſegūda pufe nonbre la iſla de ſanta maria de conception ala tercera ferrandina ala quarta la iſla bella ala quita la Ylla Yuana e aſi a cada vna nonbre nuevo Quan-

do yo llegue ala Yuana segui io la costa della al poniente y la falle tan grande q̄ penfe que feria tierra firme la prouincia de catayo y como no falle así villas y lugares enla costa dela mar saluo pequeñas poblaciones con la gente de las q̄ules no podia hauer fabla porque luego fuyan todos: anda ua yo adelante por el dcho camino p̄fado deno errar gr̄des Ciudades o villas y al cabo de muchas leguas visto q̄ no hauia inouaciō i que la costa me leuaua al fetētrion de adōde mi voluntad era cōtraria porq̄ el yuerno era ya ěcarnado yo tenia propofito de hazer del al austro y tan biē el viēto medio adelāte determine deno aguardar otro tiēpo y bolui atras fasta vn señalado puerto de adōde ēbie dos hōbres por la tierra para faber si hauia Rey o gr̄des Ciudades ādouierō tres iornadas y hallarō ifinitas poblaciōes pequeñas y gēte si numero mas no cofa defegimiēto por lo qual se boluierō yo entēdia harto de otros idios q̄ ia tenia tomados como continuamēte esta tierra era Ylla e así segui la costa della al oriēte ciento y fiete leguas fasta dōde fazia fin: del qual cabo vi otra Ylla al oriēte difticta de esta diez o ocho leguas ala qual luego puse nombre la spañola y fui alli y segui la parte del fetentrion así como dela iuana al oriente cLxxviii gr̄des leguas por linia recta del oriēte así como dela iuana la qual y todas las otras sō fortiffimas en demafiado grado y esta en estremo en ella ay muchos puertos en la costa de la mar si cōparaciō de otros q̄ yo sepa en cristianos y fartos rrios y buenos y grandes q̄ es maravilla las tierras della sō altas y ē ella muy muchas fierras y mōtañas altiffimas si cōparaciō de la isla de cētrefrei todas fermosiffimas de mil fechuras y todas ādables y llenas de arbols de mil maneras i altas i parecen q̄ llegā al cielo i tēgo por dicho q̄ iamas pierdē la foia segun lo puede cōphēder q̄ los vi tā verdes i tā hermosos como sō por mayo en spaña i dellos itauā florridos dellos cō fruto i dellos en otro termino segū es su calidad i cātaua el ruifeñor i otros paxaricos de mil maneras en el mes de nouiēbre por alli dōde io ādaua ay palmas de seis o de ocho maneras q̄ es admiracion verlas por la diformidad fermosa dellas mas asicomo los o otros arboles y frutos e ieruas en ella ay pinares a marauilla eay campiñas gr̄dissimas eay miel i de muchas maneras de aues y frutas muy diuerfas en las tierras ay muchas minas de metales eay gēte iftimabile numero. La spañola es marauilla las fierras y las mōtañas y las uegas i las campiñas y las tierras tan fermosas y gruesas para plantar y sēbrar a criar ganados de todas fuertes para hedificios de villas e lugares los puertos dela mar aquí no hauria c̄hencia sin vista y de los rrios muchos y grandes y buenas aguas los mas delos quales traē oro ē los arboles y frutos e yeruas ay grandes diferencias de aquel las dela iuana en esta ay muchas spccierias y grandes minas de oro y de otros metales. La gente desta isla y de todas las otras q̄ he fallado y hauido: ni aya hauido noticia

andan todos desnudos hōbres y mugeres así como sus madres los parē haun
 que algunas mugeres se cobiiā un folo lugar cō vna foia de yerua; o vna
 cofa de algodō que p^r ello fazen ellos no tienen fierro ni azero ni armas
 ni fon (1) a ello no porque no sea gente bien dispuesta y de fer-
 mofa estatura saluo que sō muy te (2) a marauilla no tienē otras
 armas saluo las (3) a . . . as delas cañas quando est. (4) . . cōla fimiente
 (5) qual ponen al cabo vn palillo agudo e no ofan vfar de aq̄llas
 que (6) vezes (7) efhido embiar á tierra dos o tres hombres
 alguna villa pa hauer fabla (8) finumero: y despues q̄ los veyā
 llegar fuyan a no aguardar padre a hiio y esto no por que a n̄guno se aya
 hecho mal antes a todo cabo adōde yo aya estado y podido hauer fabla les
 he dado de todo lo que tenia así paño como otras cofas muchas si recibir
 por ello cofa algūa mas sō así temerosos sin remedio; verdad es que despues
 que aseguran y pierdē este miedo ellos son tanto si engaño y tan liberales
 delo q̄ tienē que no lo creerian fino el q̄ lo viese; ellos de cofa que tēgan
 pidiēdogela iamas dizē deno antes cōuidan la p̄sona cō ello y muestran tāto
 amor que darian los corazones y quierē sea cofa de ualor quien sea de poco
 precio luego por qualquiera cofica de qualquiera manera que sea q̄ se le de
 por ello seā cōtentos; yo defendí q̄ no se les diesen cofas tan siuiles como
 pedazos de escudillas rotas y pedazos de vidrio roto y cabos dagugetas: haū
 que quādo ellos esto podiā llegar los parefca hauer la mejor ioya del mūdo,
 que se acerto hauer vn marinero por vna agugeta de oro de peso de dos
 castellanos y medio; y otros de otras cofas q̄ muy menos valiā mucho mas
 ya por blācas nuevas dauan por ellas todo quanto tenían haū que fuerē dos ni
 tres castellanos de oro o vna arroua o dos de algodō filado fasta los pedazos
 delos arcos rotos delas pipas tomauan y dauan lo q̄ tenían como bestias
 así que me parecio mal: yo lo defendí y daua yo gracifas mil cofas buenas
 q̄ yo leuaua por que tomen amor y allēd a desto se farā crifianos que se
 iclinan al amor e ceruicio de fus alteras y de toda la naciō castellana; e
 procurā de aiūtar de nos dar delas cofas que tenē en abundācia que nos sō
 necessarias y no conocian n̄guna seta ni idolatria saluo que todos creen q̄
 las fueras y el biē es en̄lielo y creian muy firme que yo cō estos nauios y
 gente venia del cielo y en tal catamiento me recibian en todo cabo despues

1) Las líneas de puntos indican letras que faltan en el original. Se completan con las de la copia publicada por Navarrete:

- para
 2) temerosos.
 3) armas.
 4) están
 5) a la
 6) muchas
 7) acaeciō
 8) y salir á ellos dellos

de hauer p̄dido el miedo y esto no procede por q̄ sean ignorantes saluo de muy sotil ingenio y õbres que nauegan todas aquellas mares que es marauilla la buena cuenta quellos dan de todo saluo porquenũca vierõ ḡte vestida ni femeiantes nauios y luego que lege alas idias ãla primera isla q̄ halle tome p̄ forza algunos dellos para que deprẽdiefen y me diefẽ notia delo que auia en aquellas partes e así fue que luego ãtendirõ y nos a ellos quando por lengua o señas: y estos han aprouechado mucho oy en dia los traigo q̄ siẽpre estã de propósito q̄ v̄go del cielo por mucha cõuersaciõ q̄ ayan hauilo cõmigo y estos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegaua y los otros andauan corriendo de casa ã casa: y alas villas cercanas cõ bozes altas venit: venit auer la gente del cielo así todos hõbres como mugers despues de hauer el corazõ seguro de nos veniã q̄ nõ cadauã grande ni pequeño y todos trayaan algu de comer y de beuer quedauan cõ vn amor marauilloso ellos tienẽ todas las yllas muy muchas canoas amenera de fustes de remo dellas maiores dellas menores y algunas: y muchas s̄o mayores que hũa fusta de diez e ocho bacos: no s̄o tan anchas porque s̄o dehun solo madero mas huna fusta no terna cõ ellas al remo porque van queno es cosa de creer y cõ estas nauegan todas aquellas islas q̄ s̄o innumerables; y tratẽ sus mecaderias: algunas destas canoas he visto cõ lxx y lxxx õbres en ella y cada vno cõ su remo en todas estas islas no vide mucha diuersidad dela fechora dela gente ni en las costumbres ni en la lengua: saluo que todos se entienden q̄ es cosa muy singular para lo que espero q̄ determinaran sus altezas para la cõuersaciõ dellos de nuestra santa fe ala qual s̄o muy dispuestos; ya dire como yo hauia ãdado c.vii leguas por la costa dela mar por la derecha liña de oñdẽte a oriente por la isla iuana segũ el qual camino puedo desir que esta isla es maior que inglaterra y escocia iuntas porque allẽde destas cvii leguas me queda dela parte de poniente dos prouĩcias que io nohe andado: la vna de las q̄les llaman *auau*: adõde nasẽ la ḡte cõcola las q̄les prouĩcias no pueden tener en lõgura menos de lo lx leguas segun puede entender destes idios qu yo tengo los q̄les saben todas las islas esta otra española encierco tiene mas que la españa toda desde colunya por costa de mar fasta fuẽterauia en uiscaya pues en vna quadra anduee clxxxviii grandes leguas por recta (1) de occident a oriente esta es para desear: e (2) es para nunca dexar en la qual puesto (3) tenga tomada possessiõ por sus altezas y todas sean mas abastadas delo que io (4) se y puedo dezir y todas las

1) lĩnia

2) vista

3) que de todas

4) las pãginas 2ª y 3ª tienen cada una 47 renglones: en la 2ª hay uno más, casi borrado, el último que, en parte, es el primero de la página 3ª

tengo por sus altezas qual dellas pueden disponer como y tan cōplidamēte como de los Reynos de castilla en esta española en ellugar mas cōuenible y mejor comarca para las minas del oro y de todo trato así dela tierra firme de aqua como de aquella de alla del gran can adōde haura grand trato e ganancia he tomado possessiō de vna villa grande ala qual puse nōbre la villa de nauidad; y en ella he fecho fuerza y fortaleza que ya a estas horas estara del todo acabada y he dexado en eila gente que abafta para semeiante fecho cō arma y artellarias e vituallas por mas de vn año y fusta y maestro dela mar en todas artes para fazer otras y grande amistad cō el Rey de aquella tierra en tanto grado quese preciaua de me llamar y e tener por hermano e haū que le mudase la volūtad a hofrender esta gēte el nilos fuios no sabē que sean armas y andan desnudos como ya he dicho sō los mas temerosos que ay en el mūdo así que solamente la gente que alla queda es para destroir toda aquella tierra y es isla si peligro de sus personas sabiendose regir en todas estas islas me parece que todos los õbres sean cõtētos cō vna muger i aū maioral o Rey fasta: veynte: las mugeres me parece que trabaxā mas que los õbres ni he podido entender si tienen bienes propios que me pareció ver q̄ aq̄llo que uno tenia todos hazian parte en especial delas cosas comederas en estas islas fasta aquí no he hallado õbres mostrudos como muchos pensauan mas antes es toda gēte de muy lindo acatamiento ni sō negros como ē guinea saluo cō sus cabellos corredios y no se crian adōde ay ipeto demasiado delos rayos solares es verdad quel sol tiene alli grand fuerza pueſto que es di dīstinta dela línea īquinocial veite e seis grādes en estas islas adōde ay mōtñas grandes: ay tenia a fuerza el frio este yuierno: mas ellos lo sufren por la costumbre que cō la ayuda delas viandas comen cō especias muchas y muy calientes en demasia: asique mostruos no he hallado ni noticia saluo de una ysla que es aqui en la segunda ala entrada delas yndias q̄ es poblada de vna iente que tienē en todas las yslas por muy ferozes los qualles comē carne vmana estos tienē muchas canaus cōlas quales corrē todas las yslas de idia robā y tomā quanto pueden ellos no sō mas dīformes que los otros saluo q̄ tienē en costumbre de traer los cabellos largos como mugeres y vñan arcos y flechas delas mismas armas de cañas cō un palillo alcabo por defecto de fierro q̄ no tienē sō ferozes entre estos otros pueblos que sō ē demasiado grado couardes mas yo no los tengo en nada mas que alos otros estos sō aquellos q̄ tratā cō las mugeres de matremonio q̄ es la primera ysla partiendo de spaña para las idias q̄ se falla enla qual no ay õbre ninguno: ellas no vñan exercio femeníl saluo arcos y frechas como los sobre dichos de cañal y se arman y cobigan cō launes de arambre de que tienē mucho otra ysla me seguran mayor q̄la española en que las p̄sonas no tienē ningū cabello. En

esta ay oro si cuento y destas y delas otras traigo comigo indios para testimonio: e conclusión a hablar desto solamete que sea fecho este viage que fue así de corida que pueden ver sus altezas q̄ yo les dare o o quanto ouiere menester con muy poquita ayuda q̄ sus altezas me darán agora speciaría y algodón quanto sus altezas mandarán cargar y almástica quanta mandarán cargar e dela qual fasta oy no seha fallado saluo en grecia en la ysla de xio y el señorio la uende como quiere y lignualoe quanto mandarán cargar y esclauos quantos mandarán cargar e feran de los ydolatres y creo hauer fallado ruybaruo y canela e otras mil cosas de sustancia fallare que haurán fallado la gente que yo alla dexo porque yo no me he detenido ni gū cabo en quanto el uiento me aia dado lugar: de nauegar solamente en la villa de nauidad en quanto dexe asegurado E bien afechado E ala verdad mucho mas ficiera si los nauios me siruieran como razón demandaua Esto es harto y eterno dios nuestro señor el qual da a todos aquellos q̄ andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles: y esta señaladamente fue la vna por q̄ haū que destas tierras aian fallado O escripto todo va por cōlectura sin allegar deuista saluo cōprendiendo a tanto que los oyentes los mas escuchauan e iuzgauan mas por fabla que por poca (1). . . . dello así que pues nuestro Redemptor dio esta victoria A nuestros Illustrísimos rey e Reyna eaf reynos Famosos de tā alta cosa A dōde toda La cristiandad deue tomar alegría y fazer grandes fiestas y dar gracias solēnes ala sancta trinidad cō muchas oraciones solēnes por el tanto enxalcamiento que haurán en tornando se tantos pueblos á nuestra sancta fe: y despues por los bienes tēporals q̄ no solamete ala españa mas a todos los christianos ternan aqui refrigerio y ganancia esto segun el fecho a si embreue Fecha en la calauera sobre las yslas de canaria a xv de febrero año Mil. ccclxxxiii.

Fara lo que mandareys. El Almirante

Anima que venia dentro en la Carta.

Despues desta escripto: y estado en mar de Castilla salio tanto vieto cō migo ful y fueste que me ha fecho descargar los nauios po corr aqui en este puerto de lisbona oy que fue la mayor marauilla del mundo a dōde acorde escriuir a sus altezas. en todas las yndias he siempre hallado y los tēporals como en mayo adōde yo fuy en xxxvii dias y volui en xxviii saluo que estas tormentas me a detenido xxiii dias corriendo por esta mar: dizen aqua todos los hōbres de la mar q̄ iamas ouo tan mal yuerno no ni tantas perdidas de naues fecha ha quatorze dias de marzo.

ESTA Carta en bio Colom Alefcriuano De ración De las Yslas Halladas en Las Yndias: Cōtenida A Otra De Sus Altezas

1 cosa

La carta de Colón á Santángel es uno de los escritos más preciosos que existen, y recordarla el 12 de octubre, obligación en nuestra raza. Al interés que encierra, por contener la primera descripción del descubrimiento, une otro de importancia capital: en él se reflejan los altos pensamientos, los elevados propósitos de aquel hombre superior que aspiraba á la propagación del cristianismo y á la gloria que habría de resultar, como dice él mismo, **TORNÁNDOSE TANTOS PUEBLOS Á NUESTRA SANTA FE.**

Con acierto dijo el célebre tribuno Castelar:

“Si la América no hubiese existido, Dios hubiera creado un Nuevo Mundo en las soledades del Atlántico para “premiar la fe y la constancia de un hombre”.

San José de Costa Rica, 12 de octubre de 1907.

Luis Torres Acevedo



El pueblo de Cariay y puerto Limón

Durante su cuarto y último viaje el Almirante D. Cristóbal Colón descubrió las costas de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, y después de de tenerse en la punta Cajinas ó cabo de Honduras y en la boca del río del Desastre en la costa de Mosquitos, vino á echar anclas frente al pueblo de Cariay, con el objeto de reparar sus naves, averiadas por fuertes y largos temporales, y dar un descanso bien ganado á sus gentes.

Hasta no hace muchos años existió la creencia general de que el pueblo de Cariay se hallaba en el territorio de Nicaragua llamado costa de Mosquitos; pero estudios posteriores han venido á demostrar que esto es un error y que la situación de Cariay ó Cariarí corresponde á la de nuestro puerto de Limón.

La primera afirmación en este sentido la hizo sin fundamento alguno el periodista norteamericano Mr. William Eleroy Curtis, en un artículo que publicó en octubre de 1886 el *Harper's New Monthly Magazine*, con el título de *The Smallest of American Republics*.

Este artículo fué vertido al castellano por D. Manuel J. Carazo y publicado aquí en folleto, el año 1887, con el título de *La más pequeña de las Repúblicas Americanas*, acompañado de notas escritas por D. Francisco M. Iglesias, quien rectificó en una de ellas el error en que había incurrido Curtis al confundir el puerto de Limón con un pequeño grupo de islas de la costa de Mosquitos, á las que el Almirante dió el nombre de *Los Limones*. Al propio tiempo el señor Iglesias emitió la opinión de que Cariay debía de estar en Moín.

Desde 1884, fecha en que escribió su *Historia de Costa Rica*, D. León Fernández había demostrado en la nota 17 de su obra que Cariay no podía hallarse en la costa de Nicaragua y que conforme á las distancias consignadas en el derrotero de Diego de Porras debía de estar situado en la boca del río Reventazón ó en la del Matina, y si no en puerto de Limón, á juzgar por la isleta Quiribrí que se hallaba á una pequeña legua de tierra, según los historiadores de Indias.

Esta nota fué publicada por mí en *La República* de 27 de noviembre de 1887, con referencia á las suposiciones hechas por D. Francisco M. Iglesias en favor de Moín.

En 1890 el señor obispo Thiel vino á resolver el punto de manera magistral, en una carta dirigida al mismo señor Iglesias, que se publicó en un suplemento á *La Gaceta* de 18 de noviembre de 1890. Con gran erudición y poderosos argumentos demostró el señor Thiel en tonces que el pueblo de Cariay y Limón son una misma cosa.

Otro punto de nuestra historia que ha dado lugar á controversias es el de la fecha del arribo del Almirante á Cariay. D. Fernando Colón y la mayor parte de los historiadores de Indias señalan el 25 de septiembre de 1502, en tan-

to que fray Bartolomé de las Casas y Herrera indican el domingo 17 del mismo mes y año.

Pero también esta duda ha sido resuelta ya con gran acierto por el muy erudito D. Cleto González Viquez, en un artículo publicado en *El Noticiero* de 27 de septiembre de 1905. De las investigaciones del señor González Viquez resulta que debe tenerse el domingo 18 de septiembre de 1502 como la verdadera fecha de la llegada de Cristóbal Colón á Cariay.

Para ilustrar al público acerca de estos dos puntos tan importantes de nuestra historia patria, he juzgado oportuno reproducir las opiniones que á ellos se refieren.

R. Fernández Guardia



Entre los puntos que visitó (*Colón*) en la mira de traficar con los indios dió con un portete dentro del cual se hallaban islotes cubiertos de limonares, y Colón lo marcó en su carta con el nombre de *Puerto del Limón* (*).

W. E. Curtis

(*) *La más pequeña de las Repúblicas Americanas*, pág. 2. San José, 1887.

¿Qué diéramos por que este dato fuese verdadero?—¿De dónde ha sacado el señor Curtis tal hecho?—En vano evocamos nuestros recuerdos sobre las primitivas reseñas del cuarto viaje de Colón: en vano buscamos en las admirables páginas de Washington Irving, de H. H. Bancroft y de otros tal suceso, que hay que relegar á la poética imaginación del autor del artículo; ó es forzoso suplicarle nos revele la fuente de donde ha sacado un dato de tanta importancia.—Es probable que el gran navegante desembarcase en algún punto del extenso litoral que entonces descubrió; pero desgraciadamente esto no puede aseverarse.—Ha pocos años se suscitó una lid histórica entre don José Milla y don M. A. Soto sobre si Colón desembarcó ó no, cerca de punta Caxinas, en el lugar llamado después puerto Trujillo, y á pesar de la erudición histórica desplegada por uno y otro escritor, nos hemos quedado en la misma incertidumbre hasta el día de hoy.

En ese cuarto viaje, el Almirante, postrado por la edad y las enfermedades, trajo consigo á su hermano Bartolomé, con el título de Adelantado, y á su propio hijo Fernando, muy joven aún. El Adelantado desembarcó en varios puntos del litoral; pero no el anciano Almirante, abandonado casi por sus fuerzas corporales, y viviendo sólo de sus ensueños, y del espíritu que lo animaba.

Honor insigne cupo á esta tierra de promisión:—tres Colonos la descubrieron y admiraron los primeros, Cristóbal, Bartolomé y Fernando: los dos últimos marcándola con sus ilustres huellas; permaneciendo otra vez ignota, por el largo espacio de 35 años, hasta que Calero, Machuca, Hernán Sánchez de Badajoz y Diego Gutiérrez exploraron sus costas orientales penetrando, tres de ellos, algunas leguas en su territorio.

Creemos descubrir el error en que incurrió el señor Curtis, en la circunstancia de mencionarse en las reseñas del cuarto viaje, que al pasar por la costa conocida después con el nombre de Costa de Mosquitos, encontraron un grupo de pequeñas islas en donde se criaba en abundancia un árbol parecido al del limonero, á cuyo grupo dieron aquellos navegantes el nombre de Los Limones.—Sin embargo, el delicioso lugar en que Colón hizo anclar sus naves el 17 de setiembre de 1502, entre una isleta y el continente, y que él llamó 'La Huerta', cerca del cual había un pueblo llamado Cariari, bajo cuya denominación fué conocida por algún tiempo aquella costa, bien puede ser El Tortuguero, Suerre, Matina ó Moín. En cuanto á San Juan del Norte, no corresponden á él, ni la amenidad descrita, ni la vista de altas montañas próximas, ni otros caracteres de los señalados en las descripciones del cuarto viaje; y dado el poco tiempo empleado desde Cariari á Caribaro (Bahía del Almirante), y la distancia de veintidós leguas próximamente, entonces computada, creemos no estar en error, al señalar, como lo hemos hecho, los puntos arriba indicados como el lugar á donde arribó el ilustre Almirante.

Repetimos que ni el Limón ni San Juan pueden ser el lugar á donde arribó Colón; porque en el primero, además de estar la isla de la Uvita á alguna distancia de la costa, en ésta no hay ningún gran río próximo al puerto, circunstancia importante que debe tomarse en cuenta; y en cuanto al segundo, además de las razones antes expuestas, debemos considerar que el Almirante, ó su hermano el Adelantado, no hubieran dejado desapercibido el majestuoso río que después se llamó El Desaguadero ó río San Juan. Si intentaron reconocer el gran curso de aguas en la hoy costa de Mosquitos, al cual se dió el nombre de río del Desastre, y los varios que fueron reconocidos entonces en

a costa de la que después se llamó Veragua, no hubieran por cierto dejado desapercibido, como hemos dicho, el San Juan.

Para mayor corroboración de lo expuesto, citaremos unas pocas líneas del célebre cronista Herrera en su libro V, Década 1: "*Domingo á 17 de setiembre, fueron á dar fondo á una Isleta, llamada Quiribiri, i en un pueblo en la Tierra Firme, llamado Cariari, á donde hallaron la mejor Gente, Tierra i Estancia, que hasta allí habian hallado, por la hermosura de los cerros, i sierras y frescura de los ríos, y arboledas, que se iban al cielo de altas, i la Isleta era verde, fresquisima, llena de grandes Florestas, y está de el Pueblo Cariari una Legua pequeña; el Pueblo está junto á un grandisimo río, á donde concurrió infinita gente, con Arcos, Flechas, Dardos i Macanas, mostrando estar aparejados para defender su tierra. Los Hombres traian los cabellos trenzados, revueltos á la cabeza: Las mujeres cortos, como los traian los castellanos entonces &c.*" WASHINGTON Irving (*Vida y viajes de Cristóbal Colón*) fija el 25 de setiembre como fecha del arribo de Colón á Cariari; pero creemos más segura la del Domingo 17 del mismo mes, fijada por Herrera.

Anticipándonos á una observación que pudiera hacérsenos, sobre el lugar ó lugares donde fijamos á Cariari diremos: que aunque allí no hay propiamente isleta, existen espacios más ó menos extensos, que parecen serlo, formados por las aguas de los ríos, antes de confundirse con las de la mar; así vemos, por ejemplo, que el Tortuguero y el Reventazón se comunican entre sí por unas de esas especies de lagunas interiores, profundas y de apacibles aguas.

Terminaremos recordando: que Suerre fué el puerto á donde arribó Diego Gutiérrez con su expedición, y desde donde emprendió su desastrado reconocimiento al interior. En tiempos posteriores fué ésta la salida más frecuentada de esta provincia, hasta fines del siglo antepasado en que comenzó á abandonarse. Thomas Gage habla de este puerto en la relación de sus viajes.

Esto no obstante, Moín se lleva las mayores probabilidades de ser el risueño y privilegiado lugar de nuestras costas del Atlántico, descubierta y frecuentada, desde el diez y siete de setiembre al cinco de octubre, por los tres Colones.—Las palizadas y otros obstáculos que cierran hoy su entrada, semejante á la de un gran río, y que Carrillo ordenó remover;—el tranquilo y extenso depósito de aguas, que media entre su costa y la porción de tierra, semejante á una isleta que lo separa del mar, y en donde la carena y reparación de naves podía hacerse cómodamente, y otras señales características de aquella localidad, lo mismo que su distancia á la Bahía del Almirante, no dejan casi duda de ser aquella La Huerta de Cariari.(*)

Francisco M. Iglesias

[*] Nota 3^a de *La más pequeña de las Repúblicas Americanas*.—San José, 1887.



Generalmente se ha creído hasta hoy que la isla Quiribrí ó Quiribiri y el pobló de Cariarí ó Cariay están en territorio de Nicaragua, vulgarmente llamado costa de Mosquitos; pero el atento estudio y comparación de los pocos documentos que nos quedan de aquel tiempo, probará que se trata de territorio hoy de Costa Rica. 1º Todos los historiadores están de acuerdo en que Colón salió el 5 de octubre de Cariarí y llegó el 6 á la bahía de Zorobaró. Si Cariarí estuviera en la costa de Mosquitos en Nicaragua, no se explicaría tan corta navegación de una á otra parte. 2º La relación del derrotero de la costa descubierta, hecha por Diego de Porras, compañero de Colón en este viaje y capitán de unos de los navíos (Navarrete, tomo I, p 288), dice que de la punta Cajinas (Cabo de Honduras) al cabo de Gracias á Dios hay 80 leguas en dirección Este Oeste: de este cabo al río del Desastre, 70 leguas, N N E. S S O.: de este río al cabo Roas, 12 leguas, N S.: de este cabo á Cariarí, 55 leguas, NO. SE. de Cariarí hasta Alburena, 42 leguas, NO. SE.: y de Alburena á la isla del Escudo, 15 leguas, NO. SE. De modo que la costa entre el cabo de Gracias á Dios y la isla del Escudo, lugares ambos que conservan sus nombres hasta hoy y cuya situación no deja lugar á duda, tenía de extensión 194 leguas, cifra que en efecto se aproxima mucho á la verdadera; y que del cabo de Gracias á Dios á Cariarí había 187 leguas de costa, y de Cariarí á la isla del Escudo 57. Ahora bien, de cualquier modo que se mida la costa, ya principiando del cabo de Gracias á Dios á Cariarí, ya de la isla del Escudo á Cariarí, siempre resultará que este último lugar corresponde á lo que hoy es territorio de Costa Rica. Con tan escasos datos difícil sería fijar con precisión el verdadero lugar de la costa en que se hallaba el pueblo de Cariarí; sin embargo me inclino á creer que estaba á la boca del río Reventazón ó del Matina, á juzgar por la distancia; ó en lo que hoy es puerto Limón, á juzgar por la isla Quiribrí que se hallaba frente al pueblo de Cariarí. [*]

León Fernández

[*] Nota 17 de la *Historia de Costa Rica durante la dominación española*. Madrid, 1889.



SAN JOSÉ, 12 de octubre de 1900.

SEÑOR DON FRANCISCO M^o IGLESIAS,

Presente

Estimado señor:

He visto su grata de 8 de octubre, publicada en varios periódicos de esta capital, en la cual V. patrocina con entusiasmo la idea, emitida por nuestro compatriota don Ricardo Fernández de la Guardia, de erigir un monumento á Cristóbal Colón en el puerto de Limón para conmemorar el IV centenario del descubrimiento de Costa Rica por el Almirante genovés. Le felicito con toda el alma por haber tomado la iniciativa en asunto tan importante, que ha sido un deseo que anhelaba se llevase á cabo, hace muchos años. Ayudaré con todas mis fuerzas á tan laudable propósito, esperando hará lo mismo el clero todo de Costa Rica.

Bien sabe V. que ha habido y hay entre nosotros personas que dudan del desembarque que el Gran Navegante hizo en nuestras costas durante su cuarto viaje, afirmando como un hecho que el puerto de Cariay ó Cariarí debe buscarse en la costa de Mosquitos, en la República de Nicaragua. Y como quiera que, años ha, haya hecho algunos estudios respecto á dicho asunto, viajando personalmente por todas estas costas, me permito en esta carta exponerle brevemente los argumentos en que me apoyo para afirmar, como V. lo hace, que Cristóbal Colón desembarcó el 25 de setiembre de 1502 en la costa de Limón, frente á la isla Uvita.

Principiaré con recordar lo que sobre la cuestión escribió el señor Licenciado don León Fernández en su *Historia de Costa Rica*, pág. 524: "Generalmente se ha creído hasta hoy que la isla Quiribrí ó Quiribiri y el pueblo de "Cariarí ó Cariay están en territorio de Nicaragua, vulgarmente llamado Costa "de Mosquitos; pero el atento estudio y comparación de los pocos documentos "que nos quedan de aquel tiempo, probará que se trata de territorio hoy de "Costa Rica. 1^o—Todos los historiadores están de acuerdo en que Colón salió "el 5 de octubre de Cariarí y llegó el 6 á la bahía de Zorobaró. Si Cariarí estu- "viera en la costa de Mosquitos en Nicaragua, no se explicaría tan corta navega- "ción de una á otra parte. 2^o—La relación del derrotero de la costa descubierta, "hecha por Diego de Porras, compañero de Colón en este viaje y Capitán de "uno de los navíos, (Navarrete, tomo 1^o, p. 288), dice que de la punta Cajinas "(Cabo de Honduras) al Cabo de Gracias á Dios hay 80 leguas en dirección Este "Oeste; de este cabo al río del Desastre, 70 leguas N. N. E.—S. S. O.; de este "río al cabo de Roas, 12 leguas, N. S.; de este cabo á Cariarí, 55 leguas N. O. "—S. E.; de Cariarí hasta Aburema, 42 leguas, N. O.—S. E.; y de Aburema á la "isla del Escudo, 15 leguas, N. O.—S. E.. De modo que la costa entre el Cabo "de Gracias á Dios y la isla del Escudo, lugares ambos que conservan sus nom- "bres hasta hoy y cuya situación no deja lugar á duda, tenía de extensión 194 "leguas, cifra que, en efecto, se aproxima mucho á la verdadera; y que del Cabo "de Gracias á Dios á Cariarí había 137 leguas de costa, y de Cariarí á la isla "del Escudo, 57. Ahora bien, de cualquier modo que se mida la costa, ya prin- "cipiando del Cabo de Gracias á Dios á Cariarí, ya de la isla del Escudo á Ca-

"riarí, siempre resultará que este último lugar corresponde á lo que hoy es "territorio de Costa Rica.

"Con tan escasos datos difícil sería fijar con precisión el verdadero lugar "de la costa en que se hallaba el pueblo de Cariari; sin embargo, me inclino á "creer que estaba á la boca del río Reventazón ó del Matina, á juzgar por la "distancia; ó en lo que hoy es puerto de Limón, á juzgar por la isla Quiribrí "que se hallaba junto al pueblo de Cariari".

Como se ve, el Licenciado Fernández era del parecer que Cariari ó Cariay hay que buscarlo en la costa atlántica de Costa Rica, siendo el punto más probable de desembarque del Almirante genovés el actual puerto de Limón.

El señor don Manuel M^o Peralta manifestó en su obra *Historia de la jurisdicción territorial de la República de Costa Rica* (Madrid 1891, pág 2): "que Cariay se encuentra probablemente en la ensenada de Punta Mona, al Nor- "te del río Rama en el país de los indios Ramas (Costa de Nicaragua), cerca "de la isla de Pájaro Bobo (isla de Quiribrí), correspondiendo á la descripción "que hace Fray Bartolomé de Las Casas". Actualmente, según carta del mismo, 6 de julio de 1900, parece que el señor Peralta ha variado de opinión. Me permito copiar de la carta mencionada sus palabras:

"Respecto de Cariay, en las cartas geográficas que le he remitido, habrá "notado V. las posiciones que se le atribuyen. En la carta de Turín (1523) la "palabra Cariaco corresponde á nuestro puerto de Limón, poco más ó menos, "pero en la del Atlas del Havre (1525) y en la carta de Ribero (1529) Cariay "está inmediato al Cabo de Gracias á Dios.

"Colón, ó más bien Diego de Porras, en su relación oficial sitúa á Cariay "á 42 leguas de Aburema, mientras que Pedro Mártir de Angleria estima la dis- "tancia entre Cariay y Cerebaró en 20 leguas. Según Pedro Mártir será, pues, "el Limón el sitio aproximativo de Cariay, y según Diego de Porras, el río de "San Juan (Greytown).

"Como Cariay ó Cariari es nombre de pueblo y de región, se puede muy "bien explicar que la región de Cariay se extendía poco más ó menos entre Blue- "field ó entre el río Rama y el Limón y así se concilia el dicho de Pedro de "Angleria con la relación de Porras y las divergencias de la posición asig- "nada á Cariay en las diversas cartas.

"En todo caso, hay gran número de cartas, entre ellas la de Abraham Or- "telius, que sitúa á Cariay al Sur de San Juan y el Profesor Césare de Lollis "hace á Cariay, sinónimo no diré, pero sí idéntico á Costa Rica."

Plausible me parece la idea del señor Peralta de que algunos escritores y cartógrafos de los siglos XVI y XVII hayan generalizado el nombre de Cariay aplicándolo á la costa del Atlántico desde el Cabo Gracias á Dios hasta Bocas del Toro. No encuentro contradicción ninguna entre Pedro Mártir de Angleria y Diego de Porras. El primero dice que Cariay dista de Cerebaró (Bahía del Almirante) 20 leguas y el segundo que Cariay dista de la Laguna de Aburema [Laguna de Chiriquí] 42 leguas, lo cual es exacto si se toma por punto de partida la salida de la Laguna de Aburema.

Para mí Cariay ó Cariari no es otro punto que el actual puerto de Limón, fundándome en las siguientes razones:

1.^o—Diego de Porras en su *Relación del viaje e de la tierra agora nueva-mente descubierta por el Almirante Don Cristóbal Colón*, dice, después de referir el descubrimiento del cabo de Honduras y Punta Cajinas y el derrotero del Almirante hasta el río de la Posesión ó río Tinto: "Pasando de aquí adelante fué toda la tierra muy baja. . . . hizo la tierra, ya casi al fin de la tierra baja, un cabo que fasta aquí fué lo peor de navegar é púsole nombre de *Cabo de Gracias á Dios*. Pasó adelante, llegó á una provincia que se nombra Cariay, tierra de muy gran altura: hállase gente de muy buenas disposiciones, muy águdos, deseosos de ver; extrañaban cualquier cosa que se les mostraba. . . aquí se tomaron indios para lenguas é quedaron algo escandalizados. De aquí pasó adelante é como iba requiriendo puertos é bahías, pensando hallar el estrecho, llegó á una muy grande bahía [Bahía del Almirante] llamándose esta "tierra Cerabaró."

Esta descripción es idéntica á la que hacen los otros historiadores de Cariari, último punto de la costa desde donde Colón llegó á la Bahía del Almirante. Habla Diego de Porras de tierra de muy gran altura, lo cual corresponde únicamente á la costa de Costa Rica, pues las montañas altas de Nicaragua están muy retiradas de la costa y no se descubren desde ella.

En la obra de Martín Fernández de Navarrete (*Colección de Viajes y Descubrimientos*, tomo I, pág. 288) se encuentra el derrotero anotado por Diego de Porras con el número de leguas que recorrió Cristóbal Colón de punto á punto. Ya arriba copiamos este derrotero, en la cita que di de la obra del señor Licenciado don León Fernández. Le remito adjunto un pequeño croquis de la costa de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, según el *Mapa de Costa Rica, Istmo de Panamá, Veragua y Costa de Mosquitos, construido bajo la dirección de don Manuel M^a Peralta, Madrid, 1890*.—Si nos fijamos bien en este mapa, no hay dificultad en admitir que Cariari es idéntico al actual puerto de Limón. Dice Diego de Porras que de Trujillo—donde el 14 de agosto se dijo Misa en tierra firme—doblando la punta de Cajinas con un desembarque en el río Tinto hasta Cabo Gracias á Dios, se recorrieron 80 leguas. No se sabe exactamente hasta qué punto, mar afuera, llegó la escuadra cuando estaba en el Cabo Gracias á Dios. Se sabe que en el Cabo hay bajos peligrosos que se extienden mucho, mar adentro. La distancia directa es ciertamente menor de 80 leguas; Las Casas dice que es de 60; por consiguiente habrá que tener en cuenta que los buques de vela tuvieron que virar á menudo y andar en zigzag para escalar el Cabo Gracias á Dios, recorriendo así las 80 leguas, tal como dice Diego de Porras. Del Cabo de Gracias á Dios al río del Desastre recorrieron 70 leguas, respecto de las cuales hago la misma observación, por cuanto los vientos contrarios les obligaban á recorrer más leguas que la distancia directa tiene. Del río del Desastre navegaron 12 leguas al cabo Roas, actualmente punta Cayo de Perlas, coincidiendo estas leguas con la distancia directa. De Cabo Roas se hicieron 55 leguas para llegar á Cariay, donde anclaron entre la tierra firme y la isla Quiribrí. Téngase en cuenta que Colón recorrió la costa sin apartarse de ella, y, además, las veces que tuvo que virar por los vientos, y se encuentra que las 55 leguas dan exactamente en el puerto de Limón, siendo de notar que no hay ninguna isla que diste una legua de la tierra firme en toda la costa, desde la isla Uvita hasta la isla Pájaro Poto, la cual dista por lo menos cuatro leguas de la tierra.

Finalmente, de Cariari hasta la Laguna de Aburema anduvieron 42 le-

guas, distancia exacta, si se tiene en cuenta que Colón se internó en la Laguna, buscando siempre, como refiere Diego de Porras, *el Estrecho*; por tanto, las 42 leguas se deben medir hasta el punto de la salida de Aburema, y de este punto hasta el Escudo de Veragua hay próximamente las 15 leguas indicadas.

Luego paréceme más que probable que, según el derrotero de Diego de Porras, Cariari es el puerto de Limón y la isla Quiribrí la de la Uvita.

2º.—Pedro Mártir de Angleria en sus *Décadas*, década III, lib. IV, cap. I, II, III [edición del Doctor don Joaquín Torres Asensio, tomo II] describe el viaje de Cristóbal Colón desde el Cabo de Gracias á Dios hasta Bocas del Toro, ajustándose perfectamente á Limón y á la isla de la Uvita la descripción que da, en el capítulo II, de Cariari, y al referir la salida del Genovés, de Cariari, dice terminantemente:

“Marchando de Cariari, á unas 20 leguas hallaron un golfo tan espacioso que calculaban tiene 10 leguas á la redonda. . . . éste es el que otra vez hemos dicho que los indígenas le llaman Cerabaró.”

Ahora bien, el puerto de Limón dista próximamente 20 leguas de Bocas del Toro ó Cerabaró: luego coincide con Cariari.

3º.—Fray Bartolomé de las Casas en su obra *Historia de las Indias*, tomo III, capítulos XXI y XXII, hace exacta y detallada descripción de Cariari, la que corresponde perfectamente á la costa de Limón; y al referirse á la isla Quiribrí, dice que se encuentra á una pequeña legua de la costa. Este dato corresponde únicamente á la isla Uvita. La isla de Pájaro Bobo, cerca de Punta Mona, en la costa de Mosquitos, dista mucho más de la tierra [unas cuatro leguas próximamente]; luego no puede ser la isla Quiribrí.

Cristóbal Colón llegó á Cariari, según Las Casas, el domingo 17 de setiembre, levantó anclas el 5 de octubre, el 6 del mismo mes llegó á la bahía de Cerabaró y el 7 se fué con las chalupas á tierra firme. De ahí resulta que Cristóbal Colón empleó un día de Cariari á Bocas de Toro: este dato corrobora también la identidad de nuestro puerto Limón con Cariari. Si debiésemos buscar á Cariari en Punta Mona de la costa de Mosquitos, como primeramente afirmó el señor Peralta, no se explica cómo en un día recorriese Cristóbal Colón el trayecto desde aquel punto á Bocas del Toro.

Haré aquí breve reminiscencia de la nota de don Ricardo Fernández que se encuentra en la obra *Historia de Costa Rica*, por el Licenciado don León Fernández, página 525: “Fray Bartolomé de Las Casas fija el día 17 de setiembre como fecha de la llegada de Colón á Cariari, pero don Fernando Colón y “los demás historiadores del Almirante están de acuerdo en que tuvo lugar el “25 y no el 17 de setiembre. El 25 de setiembre de 1502 debe ser considerado, “pues, como la fecha verdadera del descubrimiento del territorio de Costa Rica “por el inmortal Colón.”

4º.—En cuanto al argumento que puede sacarse de los mapas geográficos antiguos, me refiero al párrafo de la carta del señor don Manuel M^o Peralta. Tengo algunos mapas antiguos que debo á la amabilidad de ese mismo señor Peralta, y le adjunto un croquis de estos mapas.

La carta de Turín de 1523, tal vez la más antigua de todas, pone á Cariaco, que debe ser nuestro Cariari, próximamente en la situación de nuestro puerto Limón.

La carta que se atribuye á Salvat de Palestrina y que se encuentra en el Atlas de la Biblioteca Pública del Havre, de 1525, señala á Cariay el mismo sitio que le da la carta de Turín, es decir, poco más ó menos nuestro puerto Limón. La carta de Diego de Ribero de 1527, es también muy significativa: coloca á Cariay un poco al Norte de punta Blanca y hasta señala con un punto colorado la isla Quiribrí. Punta Blanca se llama en algunos mapas el promontorio de Limón actual y en otros mapas el promontorio que hoy llamamos Cahuita. Por consiguiente, no hay inconveniente en admitir que el Cariay del mapa de Diego de Ribero es el actual puerto de Limón.

La carta de Cornelio Wytfliet *Yucatanæ regis et fœderis* de 1597, pone á Cariay al Sur del Desaguadero [río San Juan.]

Ciertamente, todas estas cartas son muy imperfectas, ni es posible encontrar en ellas, con precisión geográfica, ningún punto ó sitio; sin embargo, están todas conformes en situar á Cariay en un lugar que corresponde, poco más ó menos, á nuestro puerto de Limón.

5º—Hace veinte años próximamente, llamó mi atención un argumento filológico. Al llegar por vez primera á Limón con los indios de la Talamanca, les pregunté cómo llamaban en su lengua al puerto de Limón y al río vecino, contestándome que Limón se llamaba *Querei* y el río se llamaba *Querei-di ó Querei-ri*. ¿Quién puede negar que existe una semejanza sorprendente entre *Cariay ó Cariari* y *Querei-ri*? No tendría nada de extraño que al escribir los españoles el nombre de Querei, que les dieron los indios, lo hubiesen mal escrito oyéndolo mal, apuntando Cariay; como también puede ser que haya sufrido algunas variaciones la lengua de los indios y que lo que antes llamaban Cariay lo llamen Querei. [*]

6º—No como argumento pero sí como recuerdo que interesarle pueda, voy á referirle lo que me ocurrió el año pasado al volver de Europa vía New Orleans. Recorrí en el vapor *Hispania* la costa de Mosquitos, desde el Cabo Gracias á Dios; refiriendo al Capitán todas las descripciones de Cariay que encontramos en los antiguos historiadores españoles, y manifestándole mi duda sobre su situación, el Capitán, después de enterado, como antiguo marino y conocedor de toda la costa, díjome: “La punta de Mona y la isla de Pájaro Bobo no corresponden á Cariay ni á la isla de Quiribrí; la boca del río San Juan corresponde menos aún á las descripciones antiguas: siendo el único punto bajo todos conceptos el puerto de Limón y la isla Uvita, tanto más cuanto que Cristóbal Colón venía en buque de vela, y si buscó un puerto para desembarcar en tierra firme, ciertamente no fué otro que la ensenada de Limón, donde según todas las probabilidades y señas que presentan tanto la costa como las corrientes del mar, debió encontrar un embarcadero seguro.”

7º—La dificultad única que se me había presentado para admitir la identidad de Cariay con el actual puerto de Limón era la cercanía de un gran río, del cual habla don Fernando Colón en su *Historia del Almirante de las Indias D. Cristóbal Colón*, Cap. XCI. El texto dice: “El domingo á 25 de setiembre,

(*) La región en que está comprendida la costa de Limón fué llamada por los conquistadores *Tariaca* y también *Cariaca* (León Fernández, *Documentos*, tomo VI, p. 289). Los nombres de Cariay, Querey, Carliaco, Cariay y Tariaca, tienen gran semejanza entre sí y todos parecen tener su origen en el de Caribes, á cuya raza, procedente del Brazil, pertenecían los indios que los españoles hallaron en esa parte de nuestro territorio. *Nota de R. F. G.*

“siguiendo hacia medio día, surgimos en una isla llamada *Quribiri* y un pueblo “de tierra firme llamado *Cariyai*, que era de la mejor gente, país y sitio que “hasta allí habíamos hallado así porque era alta la tierra, de muchos ríos y co- “piosa de árboles altísimos, como porque era la dicha isla espesa, llena de muchas “manchas de árboles, así de palmitos y mirabolandas, como de otras muchas “especies por lo cual la llamó el Almirante la *Hucita*, dista una legua pequeña “de *Cariyai*, y está cercana á un gran río, donde etc.”

La actual isla Uvita ó Hucita, como la llamó Cristóbal Colón, [*] era hace cuatro siglos algo más extensa que en la actualidad; pero la fuerza de las corrientes del mar han roído sus playas y la han reducido considerablemente.

El gran río á que se refiere la descripción anterior es el río *Matina* ó *Chirripó*, que anteriormente desembocaba en el actual estero de Moín por el cauce del actual río de Cubas ó Cuba que se junta con el río Toro, formando la cabecera del estero de Moín. Debemos este dato al señor Enrique Pittier, quien me refirió los pormenores geográficos en que se funda este dato histórico-geográfico, pormenores que pueden verse en los mapas levantados por los ingenieros de la *United Fruit Company*.

8º.—Por último quiero prevenir una objeción que tal vez podría presentarse, y es la siguiente: el activo recoleta fray Francisco de San José, misionero de la Talamanca, habla en su informe, escrito en Cartago el 28 de setiembre de 1703 [véase *Documentos para la Historia de Costa Rica*, publicados por el Licenciado don León Fernández, tomo V, páginas 417 á 427] varias veces del puerto de *Querei*.

En la página 421, dice: “y se la llevaron al puerto de *Querei* donde echaron los diez marinos que por la playa se volvieron á *Matina*, veinte leguas “distante.”

En la página 423, dice: “Llegué al río (es el río de la Talamanca ó Sixaula), “y había hecho banco. . . fué la canoa á sondar el fondo y halló cerca de la boca “dos brazos escasos, y la balandra demandaba once palmos. Pasamos al puer- “to de *Querei* cinco leguas más adelante hacia el poniente y allí me echaron, etc.”

Este puerto de *Querei* distante 20 leguas por la costa de *Matina* y 5 leguas de la boca de *Sixaula*, es el pequeño puertecito que ahora llamamos *Old Harbour* ó *Portete*, cerca de la punta *Mona*, y en el cual ahora desembarcan los que van á Talamanca por Cuabre.

Allí existen cerca de la punta *Mona* unas rocas cubiertas de árboles, que no pueden llamarse islas. Por la igualdad del nombre indio *Querei*, podría suponerse que allí desembarcó Cristóbal Colón. Pero no puede admitirse semejante coyuntura: 1º porque las descripciones de *Cariyai* no pueden adaptarse á *Old Harbour*; 2º porque las distancias de Cabo Roas por un lado y salida de la laguna de *Aburema* por el otro lado, indican este lugar; 3º porque el río *Sixaula*, y aun su antigua boca, la de *Godoken*, distan demasiado.

Estas son las razones en que me fundo para afirmar que *Cariyai* es el actual puerto de *Limón*.

(*) Colón no llamó la isla *Quribiri Hucita* sino la *Huerta*. Se ha dado el caso raro de que no se conozca ningún ejemplar de la edición original castellana de la obra de D. Fernando Colón. Existen únicamente versiones de la que se publicó en lengua italiana. No es extraño por lo tanto que muchos nombres hayan sido alterados. Nota de R. F. G.

Puede ser que haya sufrido equivocación en alguno de mis argumentos y por lo mismo deseo que otros estudien esta cuestión á fondo; puesto que, siendo de gran importancia tratando de erigirse un monumento á Cristóbal Colón conviene se aclare bien este punto.

Repito que trabajaré con ahinco, y espero que tanto el Gobierno como los costarricenses y extranjeros residentes en el país, cooperarán con ardiente entusiasmo en la idea por V. emitida, levantando digno monumento en nuestro pintoresco puerto y nueva ciudad de Limón. "AL ALMIRANTE DE TODOS LOS MARES Y VIRREY DE TODAS LAS TIERRAS DESCUBIERTAS," título que con justicia obtuvo durante el gloriosísimo reinado de los Reyes Católicos. (*)

Tengo la satisfacción de suscribirme de V., atento s. s. y capellán,

Bernardo Augusto,
Obispo de Costa Rica

* Suplemento á *La Gaceta*, diario oficial del Gobierno de Costa Rica, de 18 de noviembre de 1900.



El señor Fernández Guardia, siguiendo á don Fernando Colón y demás historiadores del Almirante, señala el domingo 25 de setiembre de 1502, como fecha del arribo á Cariay. Confieso que este es el dato más generalmente aceptado, pero no deja de haber alguna duda en este punto.

La carta de Colón á los Reyes Católicos, escrita desde Jamaica el 7 de julio de 1503, en que da minuciosa cuenta del cuarto viaje, contiene estos párrafos:

“.....fasta allí (la isla Dominica) truxe el tiempo á pedir por la boca; esa noche que allí entré, fué con tormenta i grande, i me persiguió después siempre.....

“.....en todo este tiempo no entré en puerto, ni pude: ni me dejó tormenta del cielo, agua y trombones, i relámpagos de continuo, que parecía el fin del mundo. Llegué al cabo de Gracias á Dios i de allí me dió Nuestro Señor próspero el viento i corriente, esto fué á doce de setiembre, ochenta y ocho días avía que no me avía dexado espantable tormenta.....llegué á tierra de Cariay, adonde me detuve á remediar los navíos i bastimentos dar aliento á la gente que venía mui enferma”.

Según esta carta, Colón dobló el cabo el 12 de setiembre. Sin embargo, don Fernando dice 14. Estimo que la primera fecha es la exacta, pues consta del mismo libro *Historias* de don Fernando que fué el 15 de junio cuando Colón llegó á Santo Domingo. Ahora bien, contando 15 de junio, 31 de julio, 31 de agosto y 11 de setiembre, se tienen los 88 días de que habla el Almirante como de incesante tempestad y mal tiempo.

Véase ahora lo que asegura el Profesor Césare de Lollis (*Raccolta di documenti e studi pubblicata dalla R. Commissione Colombiana*, parte I, vol. II. pág. 180) al comentar esta diferencia de fechas:

—“Las dos fechas expresadas en la carta de Colón y en las *Historias*, aunque un poco distintas, parecen conciliarse con el número de cuarenta días que fija Angleria como duración de la navegación desde el cabo de Honduras al de Gracias á Dios, pues contando para atrás desde el 12 ó 14 de setiembre se llega á últimos de julio ó primeros días de agosto, en que Colón partió del Cabo de Honduras; pero esas fechas no se avienen bien con otros datos. En efecto, don Fernando, á poco de mencionar la fecha de 14 de setiembre, dice: “poco más allá del cual (Cabo de Gracias) pasamos cerca de unos bancos peligrosos que se internaban en el mar, á lo que podía juzgar la vista, y como nos fué preciso coger agua y leña, el sábado 16 de setiembre, el Almirante mandó los botes á un río que parecía profundo y de buena entrada (río de los Desastres) y el domingo 25 de setiembre, siguiendo hacia el mediodía, dimos fondo entre una isleta llamada Quirivi (Quiribi según Las Casas) y una población de tierra firme llamada Cariay.”—Aquí evidentemente se trata de un sábado y domingo consecutivos, y como el 25 de setiembre caía en domingo mientras que el 16 caía en viernes y no en sábado, consideramos errada esta última fecha y la corregimos por 24. Las Casas prefirió corregir el 25 poniendo 17, pero el 17 fué sábado. Además, la fecha de 25 de setiembre se acomoda bien para la llegada á Cariay, pues en la relación que sigue inmediatamente don Fernando enumera una serie de fechas que se encadenan bien con aquella y no se contradicen entre sí, y porque de ese modo resulta aproximadamente exacto el número de 88 días de tempestad contados desde el día en que se partió la

flota de Bobadilla (29 de junio). Pero de otro lado parecen inaceptables las fechas de 12 y 14 de setiembre para la llegada á Cabo de Gracias á Dios, pues once ó trece días para recorrer el breve trayecto de dicho Cabo á Cariay (cuquiera que sea el punto de la costa de Mosquitos con que se quiera identificar) son demasiado tiempo, sobre todo si se atiende á que no hubo paradas ni estuvieron combatidos por tempestades, como lo comprueba la relación de Colón, de don Fernando y de Porras....."

A mi juicio hay una equivocación en Lollis, al tomar los 88 días de tempestad hasta el arribo á Cariay. La carta de Colón habla de eso al referirse al Cabo de Gracias, y ya hemos visto que esa cifra concuerda perfectamente con las palabras de Colón en los dos pasajes copiados.

Pero dejando de lado ese punto, tenemos que entre el texto de don Fernando y el de las Casas hay distancia de una semana. Aquél dice que llegaron á Cariay el domingo 25, y éste que el domingo 17. ¿Cuál de los dos es cierta?

Es verdad que Las Casas comete un error al decir domingo 17, en vez de domingo 18, error de aplicación de fecha que resulta del mismo libro de la *Historia de las Indias*, pues á pocos renglones alude al jueves 29 de setiembre; pero aparte de ese detalle, creo que hay motivo para pensar que la data de don Fernando no es la verdadera.

Tenemos como cosas bien comprobadas: 1º que Colón dobló el Cabo el 12 de setiembre; 2º que en el trayecto desde el Cabo hacia la Bahía del Almirante, los navegantes gozaron de buen tiempo, pues el incidente del río del Desastre fué debido á mar picada únicamente; 3º que del Cabo de Gracias al río del Desastre navegaron 70 leguas en cuatro días, y 4º que del río del Desastre á Cariay la distancia recorrida fué de 67 leguas.

¿Cómo es posible que para recorrer tan pequeño trayecto, con buen tiempo, se invirtiesen nueve días? No parece creíble, y el mismo Lollis no cree que pudo hacerse en un día, puesto que él corrige la fecha de 16 de setiembre por 25 para la pérdida del bote y tripulantes en el río, y deja el 25 para la llegada á Cariay.

De otro lado, las gentes que tripulaban los buques en esta peligrosa expedición venían muy enfermas, y las naves en mala condición después de tantos días de tempestad. Y aunque la parada de diez días hasta el 5 de octubre sería bastante tiempo para remediar los navíos, no parece que fueran excesivos 7 días más, sobre todo si se considera que los españoles tuvieron, por lo que refieren las historias, muchos tratos con los indios, tanto á bordo como en tierra. El historiador Las Casas, que escribió con vista de todos los documentos entonces existentes (entre ellos probablemente el diario de á bordo, que desgraciadamente se perdió) admite que en Cariay la permanencia fué desde el domingo 18 (él dice 17) hasta el 5 de octubre. Verdad es que don Fernando estuvo en este viaje, pero también lo es que era entonces un niño de trece años y que en su texto hay algunos errores.

Todas estas razones me inducen á tener como dudosa la fecha del descubrimiento de Cariay y para inclinarme á pensar que la verdadera fué el 18 de setiembre de 1502. (*)

Cleto González Viquez

(*) Artículo publicado en *El Noticiero* de San José de Costa Rica, de fecha 27 de setiembre de 1905.

Ateneo de Costa Rica

Sesión VI celebrada por la Directiva del Ateneo de Costa Rica á las cuatro de la tarde del día 7 de octubre de 1907.

I.--A iniciativa de los señores Presidente don Justo A. Facio y Vice-presidente don Luis Torres de Acevedo, y considerando que de los estudios hechos por el Lic. don León Fernández, Dr. don Bernardo Augusto Thiel, don Francisco M. Iglesias y Lic. don Cleto González Víquez resulta que el pueblo de Cariay ó Cariarí, descubierto el 18 de setiembre de 1502 por el Almirante D. Cristóbal Colón, se hallaba en territorio de Costa Rica y que su situación corresponde á la del puerto de Limón; que el hecho del descubrimiento de nuestro territorio por Colón en persona es muy digno de ser conmemorado por medio de un monumento que al propio tiempo sea una prueba de la gratitud de Costa Rica para con el inmortal navegante, cuya memoria han honrado en diversas formas casi todos los pueblos de la tierra, la Directiva resuelve:

1.-Promover, por medio de suscripción pública, la erección de un monumento á Cristóbal Colón;

2.-El monumento será erigido en la ciudad de Limón;

Ateneo de Costa Rica

Sesión VI celebrada por la Directiva del Ateneo de Costa Rica á las cuatro de la tarde del día 7 de octubre de 1907.

I.--A iniciativa de los señores Presidente don Justo A. Facio y Vice-presidente don Luis Torres de Acevedo, y considerando que de los estudios hechos por el Lic. don León Fernández, Dr. don Bernardo Augusto Thiel, don Francisco M. Iglesias y Lic. don Cleto González Víquez resulta que el pueblo de Cariay ó Cariarí, descubierto el 18 de setiembre de 1502 por el Almirante D. Cristóbal Colón, se hallaba en territorio de Costa Rica y que su situación corresponde á la del puerto de Limón; que el hecho del descubrimiento de nuestro territorio por Colón en persona es muy digno de ser conmemorado por medio de un monumento que al propio tiempo sea una prueba de la gratitud de Costa Rica para con el inmortal navegante, cuya memoria han honrado en diversas formas casi todos los pueblos de la tierra, la Directiva resuelve:

1.-Promover, por medio de suscripción pública, la erección de un monumento á Cristóbal Colón;

2.-El monumento será erigido en la ciudad de Limón;

3.-Solicitar con el objeto indicado el apoyo del Gobierno de la República y el de la Municipalidad de Limón;

4.-Rogar á las personas cuyos nombres abajo se insertan, que se dignen formar la comisión central que se encargará de organizar y dirigir los trabajos necesarios para llevar á término la erección del monumento;

5.-Designar con el fin indicado en el artículo anterior á los señores

Don Luis Torres Acevedo	Don Adrián Collado
,, Gaspar Ortuño	,, W. Munzenthaler
,, F. Goicoechea	,, Anastasio Herrero
,, Paul Buron	,, John M. Keith
,, Jaime G. Bennet	,, Santos Scaglietti
,, Máximo Fernández	,, Andrés Venegas
,, F. J. Alvarado	,, Luis Matamoros
,, Gregorio Martin	,, Jaime Carranza h.

A las 5 p. m. terminó la sesión.

Justo A. Facio

Presidente

Alejandro Alvarado h.

Secretario

Ernesto Martin

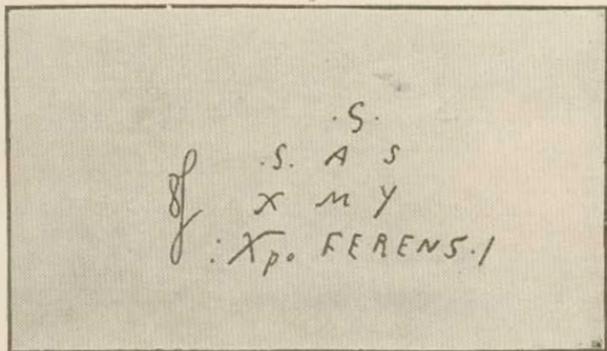
Secretario

La firma de Colón

El Almirante don Cristóbal Colón, como todos los genios, tenía sus cosas y sus rarezas. Una de ellas era su extraña firma, que ha dado no poco que cavilar á los aficionados á descifrar incógnitas; pero es lo cierto que hasta hoy ninguna de las explicaciones que se han querido dar á las siete letras superpuestas, en la firma del Almirante, al nombre de *Xpo ferens* ó Cristóbal, es satisfactoria.

V. Magry las interpretaba así: *Supplex Servus Altissimi Servatoris Christus Maria Joseph*. Becher de este otro modo: *Servidor Sus Altezas Sacras Jesús María Isabel*.

Con un poco de ingenio y mucho tiempo disponible se podrían hallar algunas interpretaciones más de las misteriosas letras; aunque también es posible



que no haya tal misterio y que la explicación del caso resulte á la postre tan fácil como el del famoso huevo de Colón.

Entretanto se nos da esa explicación tan deseada, voy á indicar lo que he hallado sobre el caso hojeando un libro, el *Armorial General* de J. B. Riestrap. En el tomo I, página 449, se lee que los Marqueses Colombo de Milán tienen en un cuartel de sus armas las letras S S A S X M Y, dispuestas en la misma forma que lo están en la firma de Cristóbal Colón.

Ahora bien, si dichas armas fueran anteriores á Colón, como es posible, tendríamos que las misteriosas letras serían tan sólo una divisa ó distintivo de los del apellido Colombo.

Doy el dato por lo que pueda valer.

R. Fernández Guardia

Pensamiento

Ni la inspiración divina que iluminó su mente, ni la fe inquebrantable que sostuvo su colosal propósito, ni la inmensidad del continente que abrió á la civilización y ofreció al mundo, alcanzan á elevar tan alto, en la admiración de los hombres, la memoria de Colón, como la levantan en la conciencia humana, su evangélica humildad, su incomparable modestia y la cristiana resignación con que sobrellevó el peso enorme de la ingratitud y de la envidia! En mérito de aquella grandeza y de tan excelsas virtudes y en castigo de estos vicios de los hombres, para inmortalizar los primeros y estigmatizar los últimos, el Continente descubierto por Colón perdió el derecho de llevar su nombre.

San José, octubre 9 de 1907.

R. Iglesias





Cristóbal Colón

Alegoría del inspirado artista don Tomás Povodano

El descubrimiento de América

Aunque es opinión corriente que el Nuevo Mundo recibió la visita de los europeos ya en el siglo X, no debía entrar en comunicación con el Antiguo Mundo sino por el inmortal navegante genovés Cristóbal Colón.

Ilimitada es la influencia de este descubrimiento en los destinos de la humanidad: ensanchó el campo de los conocimientos, vigorizó la actividad del genio humano, aumentó el bienestar material y dió alimento al celo cristiano. ¿Qué serían la Cosmografía, la Astronomía y todas las ciencias, con ellas relacionadas, sin este suceso? Más aún,—por el descubrimiento colombino se abrieron nuevos horizontes á las relaciones comerciales. Recibe el nuevo Mundo del antiguo y éste del nuevo inmensas riquezas. El genio busca modos de acortar las distancias, y por eso se suceden uno á otro descubrimientos portentosos en las regiones de las ciencias y de las artes. Pero lo que es de mayor trascendencia, la católica España, entrando con la cruz en las nuevas tierras, saca á los indígenas de las tinieblas del error, les hace entrar en el seno de la Iglesia, une la sangre americana con la cristiana civilizada, y forma generaciones que todos admiran por su espíritu morigerado y patriarcal y que con pena se ven desaparecer por las nuevas relaciones que anteponen al espíritu la materia.

Juan Gaspar,
Obispo de Costa Rica



!Ser ó no ser!

Aun no se ha resuelto, que yo sepa, ni me consta que se haya planteado todavía, la cuestión de si nuestra madre España, descubriendo estas Américas por haber creído en Colón y su genio cuando todos lo despreciaban, obró en favor ó en contra de su noble raza. Pero dentro de poco, sin que crezca mucho este siglo, habrá de resolverse el problema: con honra y gloria para todos, si nos entendemos; y si no, con vergüenza nuestra y para nuestra eterna condenación en los infiernos de la historia.

Val. F. Ferraz

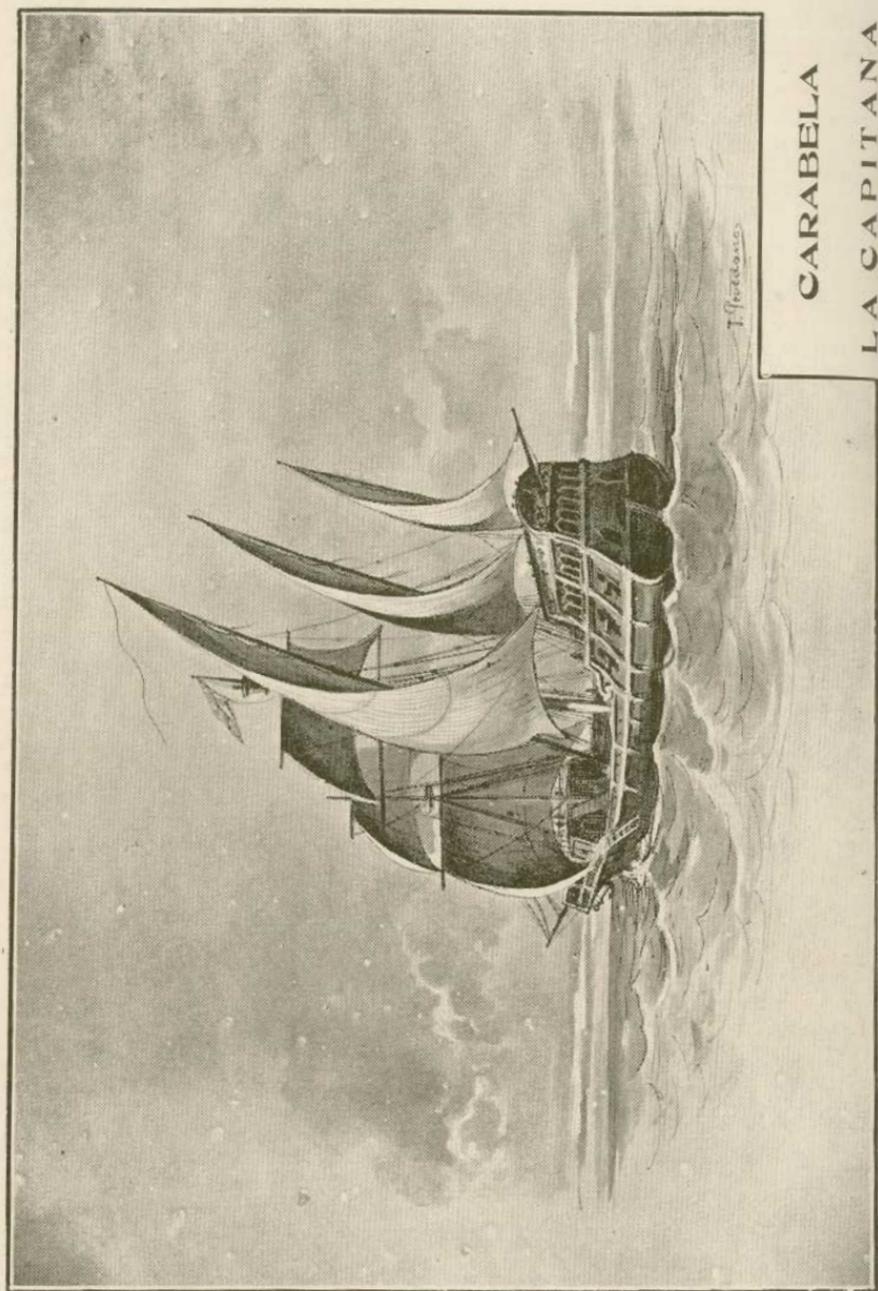


Aniversario

En los fastos de la historia no se cuenta hazaña alguna que aventaje á la hazaña venturosa de Colón. Cruzar el ancho mar en endeble carabela, y surgir al otro lado con próspera fortuna; confiar al viento veleidoso la invariable prosecución del rumbo, y arribar sin que en las manos del piloto hubiera declinado un ápice la aguja de su fe; hender las aguas legendarias de las perpetuas calmas, y no estancarse en ellas; penetrar en la temida zona de los férvidos calores, y no abrasarse en ellos; tocar en la región en donde braman los huracanes, y no escuchar sino el rumor blando de las brisas, y, así, con tan débiles recursos y á través de tan insólitos peligros, romper los misterios pavorosos del océano, y tras de ellos encontrar las fantásticas quimeras del deseo, oscuras y mediocres delante de la espléndida y tangible realidad, fué, ciertamente, hazaña sin igual: obra en la que á un tiempo mismo resplandecieron el ingenio fecundísimo del hombre y la mano próspera de Dios.

Colón buscando por senderos marítimos el auge de España, duplicó súbitamente los ámbitos de la tierra; buscando por derroteros inciertos la opulenta Cipango, isla que escondida yacía en los confines del mar, dió con el continente ignorado cuyos extremos se engarzan en los dos polos del mundo; buscando la soñada ciudad de los dorados palacios, llameantes en oro, zafiros y esmeraldas, diamantes y rubíes: fantásticas riquezas del gran Khan, dió con más soberbios y más estables tesoros, con los tesoros perennes que la industria y el comercio sin cesar arrancan de los minerales y de los vegetales y de los animales del Nuevo Mundo; y buscando, en fin, el extremo oriente del territorio asiático, sede inmovible del Autócrata, tierra de la perpetua servidumbre, dió con la virginal América, propicio asiento de la república, tierra propicia de la libertad.

Pero para apreciar con más detenida atención y más acendrado afecto aquella hazaña inmortal conviene precisar sus íntimos detalles, contemplando á través de históricos recuerdos, los instantes, las cosas, el paraje en que ella aconteció. Cielo y mar, éso nada más se veía: el cielo tachonado de nubes vespertinas, y el mar rizado apenas por las brisas; en el cielo los últimos reflejos del crepúsculo, purpúreas franjas y nevados copos y en el mar los primeros indicios de la tierra: pajizos musgos y flotantes yerbas; en el cielo una garza, un pelcano y un pato, y en el mar la *Pinta*, la *Santa María* y la *Niña*, seguidas de mansa y nivea estela, tras la cual se vislumbra, allá por el lado del Oriente, lejos, muy lejos, á centenares de leguas y á setenta días de navegación, el embarcadero de Palos, es decir, el desolado hogar, la abandonada patria y el remoto mundo: la cuitada esposa fatigada de llorar al perdido navegante, la in-



CARABELA

LA CAPITANA

signe reina coronada de laureles y la humanidad entera engolfada en la esperanza.

¡La esperanza!, la esperanza en Dios, esa era la ánora fortísima que amparaba entonces á la flotilla aventurada de Colón, manifestándose de modo fervoroso en el cántico de angustia, en la mística plegaria de la *Salve Regina*, cantada allí por ciento veinte conturbados navegantes, y que al anochecer de aquella víspera solemne, desde la inmensidad del Océano, subió propicia al cielo.

Noche de anhelante insomnio y de ansiedad infinita. fué aquella memorable noche. No hubo en las navecillas, párpado que se plegara al sueño, ni corazón que sereno palpitara, ni ojos que no escudriñaran hacia proa, el más allá de las tinieblas. Rodrigo de Triana, centinela vigilante de la *Pinta*, vió de súbito descórrerse el misterioso velo, y desde el castillo de proa, gritó: ¡tierra!, con alborozado acento. ¡Tierra! y para anunciarla, un alegre cañonazo resonó en la *Pinta*. Eran las dos de la madrugada. Acostaron velas y se pusieron á la capa en espera de la aurora. Lució el nuevo día, y apareció el Nuevo Mundo: aquel día era el 12 de octubre de 1492, y aquella tierra, tierra americana: la isla de Guanahaní. Colón se arrodilló al punto, entonó el *Gloria á Dios en las alturas* y se volvió inmortal.

¡Oh fecundísima inspiración aquella por la cual el Nuevo Mundo surgió á la vida de la civilización, transformándolo tan profundamente cual si lo creara! ¡Oh hazaña sin igual! Mas para enaltecer y recordar el don generativo y benéfico traído á tierra americana por la frágil carabela de Colón, no son necesarias las vanas palabras del encomio, sino que basta la contemplación misma de los hechos: de la barbarie á la civilización, como quien dice, del caos á la armonía; he ahí en síntesis descrita la mudanza colombina proclamada por los hechos.

Ciertamente, así como en el comienzo de los tiempos el fecundo lumínar del día, cruzando por las bóvedas del caos, separó la luz de las tinieblas, y alumbrando la descubierta tierra, vistióla al punto de nueva y vigorosa vida, así también, el día 12 de octubre de 1492, se levantó vivificante, y se mantiene pródigo, el sol de Guanahaní, revelando por doquiera el poder de sus influencias creadoras y el prodigio de sus beneficios. Y como en prenda de ellos, quedó en el cielo americano perpetuamente visible la estrella fija del progreso, seguro Norte de las naciones, para que la observaran y siguieran poniendo ellas sus ojos, sin confundirse, ora en la colosal Osa Mayor del Setentrión, ora en la argentina Cruz del Sur, constelaciones magníficas que señorean por el mundo de Colón.

En verdad, veinte Repúblicas extendidas hoy á lo largo del continente, dan claro testimonio, con su existencia misma, de cómo ha sido transformado el prístino ser del Nuevo Mundo, y, por consiguiente, dan

también, con su propia cultura, más ó menos acentuada, aquí y allá, pero en todas ellas acogida y en muchas de ellas revelada en las múltiples manifestaciones de la ciencia y el arte, de la industria y el comercio: en la electricidad que las ilumina y mueve, en el locomóvil que las aproxima y hermana, en el velero que las trafica y divulga, en el fruto que las enriquece y sustenta, en el taller que las vigoriza y adiestra, en el libro que las dignifica y enseña, en el ideal que las conturba y levanta, en el acorazado que las defiende, en el régimen que las gobierna, y en los Congresos de los Señores del mundo que las llaman, oyen y reciben en su seno, testimonios evidentes de aquellos preciados beneficios mundiales que arrancan del inmemorable día de Guanahani.

Glorificando, pues, á Colón que tantas y tan grandes proezas hizo y que tantas y tan grandes maravillas originó, concertemos nosotros los costarricenses, nuestras fervientes voces de alabanza con el coro universal que le aclama por bienhechor insigne del género humano; pero para honrarle con mayor sublimidad en este aniversario del descubrimiento de América, suceso en el cual se engendran, nuestro origen hispano, nuestro excelso lenguaje, nuestra fe religiosa, nuestra entidad nacional nuestra propia existencia, ofrezcamos á la memoria de aquel ínclito genearca de la América, cual ofrenda subidísima, el empeño inquebrantable que pondremos en mantener á Costa Rica dueña y señora de sí misma, y digna y merecedora de su propio señorío; que ahora, cuando con injusticia irritante corren por el mundo en daño nuestro, falsas acusaciones, fatídicos desdenes, amenazas apocalípticas, es precisamente la ocasión de afirmar más y más con la circunspección de nuestras propias acciones las bases sobre las cuales ha reposado y reposa nuestra pequeña nacionalidad: el imperio del derecho, el yunque del trabajo y el ara sacrosanta de la paz.

Manuel F. Jiménez





Centro América.

En selváticos lechos, bajo espesa maraña,
 allí duerme afarrullo de fronda zomidora,
 y, al sentir en sus ojos la luz de nueva aurora,
 se despierta en los brazos de la gentil Española.

Abandonando entonces su misera cabaña,
 "en trueque de este rayo que mi noche colora,"
 le dice de rodillas, "te hago, Iberia, señora"
 de mi cebro, mi flecha, mi valle y mi montaña.

El horizonte nace sus condales de bruma,
 y en la cumbre gigante de la florida zona
 el contorno ribaño de misteriosa escena,
 como visión lejana, dulcemente se espuma:

Allí, sobre el regazo de la noble matrona
 descanza sin cuidados una virgen morena

Justo F. Nacio.

Si alguna vez se le ocurriera á la Compañía del ferrocarril al Atlántico nombrarme administrador ó gerente de esta empresa, lo que es tan fácil como que de un momento á otro me hagan pontífice romano, la primera reforma que habría de establecer sería la de cambiar el horario de salida del tren ordinario de Limón. A las seis de la mañana en punto haría soltar los frenos al tren de pasajeros para el interior, con el piadoso fin de obligar á los que lleguen del extranjero en los vapores que casi diariamente arriban á aquel puerto, á permanecer allí siquiera un día, para que no nos vengan después con la solfa de que pasaron por la ciudad de Limón y no la conocieron.

Y téngase en cuenta que sin que la empresa del ferrocarril perdiera nada con la reforma que tengo en cartera para cuando me llegue el turno, ganarían mucho los hoteles del puerto y los restaurantes, cantinas, almacenes, tiendas y otros establecimientos que tienen comercio de menos viso, ó menos visible, amén de que los viajeros mismos venidos de extranjeras playas, se refocilarían al verse sueltos en esa ciudad hermosa, donde, mediante el sacrificio de algunos colones, encuentran mucho bueno de cuanto puede exigir á las gentes voluptosas ó formales el caprichoso deseo.

Para que el día se aproveche como es debido, ofrézcome á servir, por una vez, de cicerone á los distinguidos viajeros.

Supongo que vienen hastiados de la sopa dulce y el café salado con que han sostenido á bordo la penosa vida, y que desdeñando esas pócimas repugnantes y acres el día en que el pito del vapor anuncia la hora de la libertad, prefieren tomar en tierra un desayuno aromático y succulento. No es preciso esperar mucho. Muy temprano el vapor atra-ca á uno de los amplios muelles, y una vez que el médico de sanidad los ha declarado á ustedes exentos de averfa microbiana, toman sus equipajes y nos plantamos en uno de los magníficos hoteles de la ciudad, á dejarnos cuidar como en nuestra propia casa, y paladear, con el rico bizcocho que se deshace en la boca, aquellas tazas de nuestro café incomparable, cuyo grato sabor deleita el paladar y alegra el corazón.

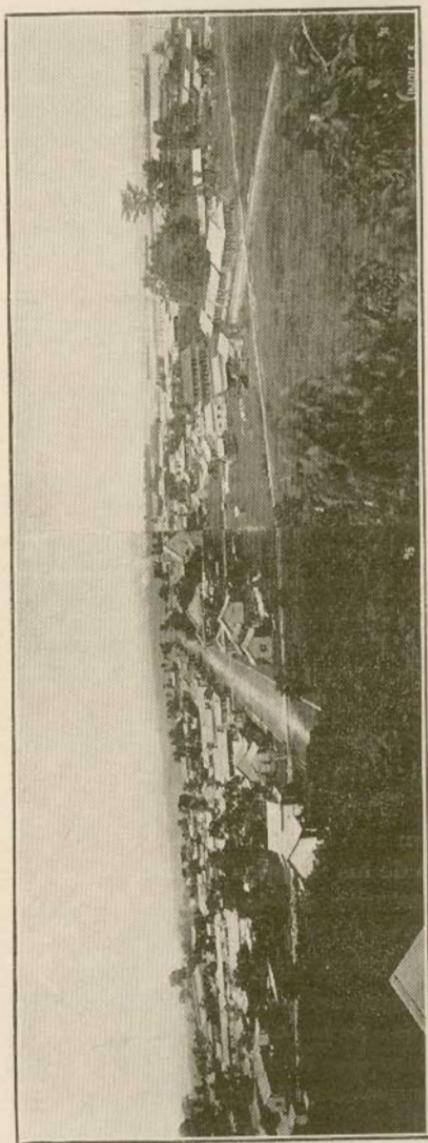
En seguida vamos á pasear un poco para aprovechar la mañana, antes de que «el rubicundo Apolo» deje caer sobre nosotros, como dardos encendidos, sus cabellos de oro; porque han de saber ustedes que estamos en una costa de los trópicos. No les asuste esta noticia: en Limón no hay mosquitos, porque la excesiva limpieza debida al cuerpo de higiene los ha destruído, y no hay, por consiguiente, fiebre amarilla, que es el espanto natural de los extranjeros.

Echémonos fuera.—Yo sé que en las ciudades principales de la tierra de ustedes las calles son muy buenas, pero no mejores que éstas por donde ahora vamos discurriendo y que transitaremos sin fastidio ni cansancio, hasta recorrer las sesenta y dos manzanas que componen la ciudad.

¿No es verdad que vean ustedes la mayor limpieza por donde quiera? Es natural: el tren de aseo barre diariamente las calles y recoge las basuras; y las cloacas de que la ciudad está cruzada, llevan constantemente al mar los residuos que no son del dominio de la escoba.

Esta plaza á donde desembocamos primero es el Mercado. ¿Esperaban ustedes oír música? Es verdad: á primera vista se parece un poco á los teatrillos de los Campos Eliseos, donde baila Mimí ó se exhibe Polichinela; pero entremos para que vean la capacidad y justa distribución de sus departamentos. Hay comodidad para todo, y, por razón de higiene, se le ha construído en el centro de la manzana y rodeado de árboles.

Sigamos hacia el Norte. No es una pajarera, no señores: es la casa de escuela, y eso que ustedes oyen es el delecto de cien niños que están aprendiendo á ser ciudadanos de un pueblo trabajador y libre. Ese murmullo atiplado es el ensayo que hacen de su voz el deber y el derecho en la infancia, para cuando les llegue la hora de ejercitarse en este teatro social, donde tenemos por costumbre aplaudir, no al más audaz, sino



Fot. Rudd

Vista general de la ciudad de Limón

al más bueno. La casa, aunque muy cómoda, es provisional. Veán ustedes allí cerca el nuevo edificio que para escuela se construye y cuyas proporciones les revelan lo que habrá de ser.

Hemos llegado á los talleres de la *Northern Railway*.—No entremos porque nos perderíamos en ese laberinto de hornos y de fraguas. Desviémonos á la derecha y vamos á los hospitales que están en aquel promontorio cercano. Les presento al médico doctor Emilio Echeverría, á cuyos cuidados se debe lo que ustedes van á ver. ¿Que da ganas de enfermarse por venir aquí? Ya lo creo! Qué orden, qué comodidad, qué limpieza. Aquí del Evangelio: «ni Salomón en toda su gloria se vistió con tanto esplendor.»

Eso que ven ustedes allí cerca son las torres del telégrafo inalámbrico, de 200 pies de altura cada una. Por medio de ellas nos comunicamos con el mundo; ellas hacen venir para nosotros por el aire ondas de luz, al mismo tiempo que el mar que bate su base nos hace llegar ondas de oro.

Regresemos. El canto de las lavanderas, al compás del chapoteo de las manos en el agua y el golpear de la ropa mojada, nos dicen que pasamos al costado de los lavaderos públicos, donde, guarecidas del sol y de la lluvia, y con todos los medios apropiados para hacer llevadero aquel ruin oficio, trabajan esas pobres mujeres que limpian nuestra interior indumentaria, y limpian también nuestros bolsillos, no tanto con lo que nos cobran por el trabajo de aseo, cuanto por el destrozo que hacen en nuestras camisas y el espíritu comunista con que miran nuestros calcetines y pañuelos. Sin embargo, eso y más les perdonaríamos, porque ¿qué haríamos en este clima ardiente si las lavanderas se declaran en huelga siquiera por una semana?

Conversando, conversando hemos llegado á un edificio que para ustedes debe tener peculiar atractivo.

La puerta está cerrada; pero ¿no les parece á ustedes como que vibran aún en el techo sonoro los acordes de un órgano y el canto glorioso de los salmos y de las profecías? Estamos frente á la iglesia protestante, donde sin duda se hallaban congregados hace poco los fieles de aquel rito, y para mis oídos no se han extinguido todavía los himnos de la mañana.

Que ustedes son católicos? Como hablan inglés . . . yo creía . . . Vamos, pues, al templo católico. Muy cerca de aquí está, lo que demuestra que en nuestro país pueden vivir bien, sin estorbarse, los diversos cultos que llevan impreso el troquel de la moral, y que con esta condición es un hecho la libertad religiosa consagrada en nuestras instituciones. Aquí está el templo donde arde perpetuamente la lámpara de nuestra fe, y á donde llegamos los católicos á postrarnos á los pies del Señor cuando nos aflige una gran tribulación, ó cuando habiéndose co-

mido el diablo la carne, queremos poner en manos clementes nuestros huesos.

¿Querían ustedes subir á aquel cerrito situado al poniente, donde se ven unas casitas que parecen *chalets* suizos?. No, allá no los llevo, porque por allí están los estanques de la cañería que surte de agua potable á la ciudad, y . . . están secos!! Los tubos de la cañería se rompieron hace varios días, y no los han repuesto porque antes se había roto la concordia entre lo mejorcito de estas gentes, y así anda todo, con soluciones de continuidad como andan ellos! El motivo de esta ruptura no me lo pregunten porque no he de decirlo. Tal vez ustedes saben el cuento de «la manzana de la discordia». Aquí no ha habido manzana, pero sí estoy seguro de que la causa del desacuerdo es una *guayaba*.

Como tengo amistad con los miembros del club, los llevaré á almorzar á aquel centro de galantería y de cultura, para continuar luego nuestra jira.—¿Que después del almuerzo desean descansar?—Muy bien: reparado el ánimo con el almuerzo vamos al parque, y díganme, ya que estamos en él, si esta fulguración de matices que nos rodea no le hace la impresión de un concierto de sonrisas, producidas por el abrazo que se están dando á la luz del sol la naturaleza y el arte!

Descansemos aquí, á la sombra de estos *higuillos*, y abramos los pulmones al aire fresco de la arboleda y de la playa. Dormir la siesta? Imposible! Ya empiezan á llegar los trenes de la United Fruit cargados de bananos, y ese va á ser un ajetreo que mantendrá estos contornos llenos de ruidos estrepitosos. Y lo mismo de día que de noche, porque nada menos se necesita para embarcar, como embarca aquella poderosa Compañía, unos doscientos mil racimos de bananos cada semana.

Estoy de acuerdo con ustedes en que no nos metamos en lugares donde sólo vamos á hallar montones de bultos de mercaderías ó rimeros de carbón y de fierro, y menos aún que vayamos á visitar almacenes que por ser ajenos nada nos importan. Como la tarde está fresca, vamos al malecón para que vean ustedes esa obra gigantesca, y de paso les contaré por qué me provocan risa las cóleras de este pedazo de mar.

Aquella isla que cierra la bahía por el oriente es la Uvita, sitio del faro y lugar de cuarentena para los pasajeros de las embarcaciones que la Sanidad no admite á desembarco. Esa isla ataja los vientos y las corrientes del Este, de modo que queda la bahía cerrada á los elementos por todos lados, con dos puertas para entrada de los buques.

Pues bien: cuando hace lo que aquí llaman «mar bravo», las olas que han reventado afuera, vienen por míi recovecos á morir desmayadas en la playa, con un ruido manso que tiene más de quejido que de estruendo. Algunas se empinan para asaltar el malecón, y sólo consiguen es-

cupir hacia la calle algunas gotas perdidas. Cuando por casualidad se apoderan de este pedazo de mar esas cóleras de niño, recuerdo, evocados por el contraste, aquellos versos de Bermúdez de Castro:

¿Has visto esos hondos cantábricos mares
Rugir bajo el ala de negro huracán?
¿Has visto esos tumbos que avanzan turgentes,
Y chocan y se alzan en blancas columnas
Y el mundo estremecen al són colosal?

Pues sí; yo he visto el Cantábrico, y lo he visto en horas de terrible furia, como si Neptuno estuviera clavando al monstruo el tridente en los ijares! Lo he visto superior á los montes en grandeza y á las cataratas en estruendo, potente y majestuoso como si llevara en su seno las iras de un dios! Por eso digo á ustedes que me causa risa este «mar bravo», que apenas si pone en fuga los botecillos de pescadores que son gente más avenida con la tierra que con el agua.

Y puesto que ustedes lo desean vamos á comer, y luego á dormir para tomar el tren de la mañana.

No los acompañaré en el viaje. Me quedaré aquí aguardando otros viajeros para repetirles esta cartilla, adicionada con lo que ustedes no han visto; pero les encargo que abran mucho los ojos, y miren por las ventanillas del tren los paisajes variadísimos que recorrerán mañana, bosques incultos hace poco, hoy haciendas que son vergeles productores de pingües riquezas, y donde Dios se vería en apuros para dar la preferencia á un lugar cualquiera, si se le ocurriese elegir sitio para establecer un nuevo paraíso.

Rafael Villegas



¡Gloria al genio!

Dios traza á cada siglo sus grandezas, á cada generación su papel, á cada hombre su puesto.

PÉREZ GALDÓS

De tiempo en tiempo descuellan en ciencias, en virtud y en letras genios extraordinarios que caracterizan una época, le dan nombre, fisonomía y colorido, y son como piedras miliarias colocadas en el camino de la historia, símbolos de todo lo que ha servido de guía y honra á la humanidad.

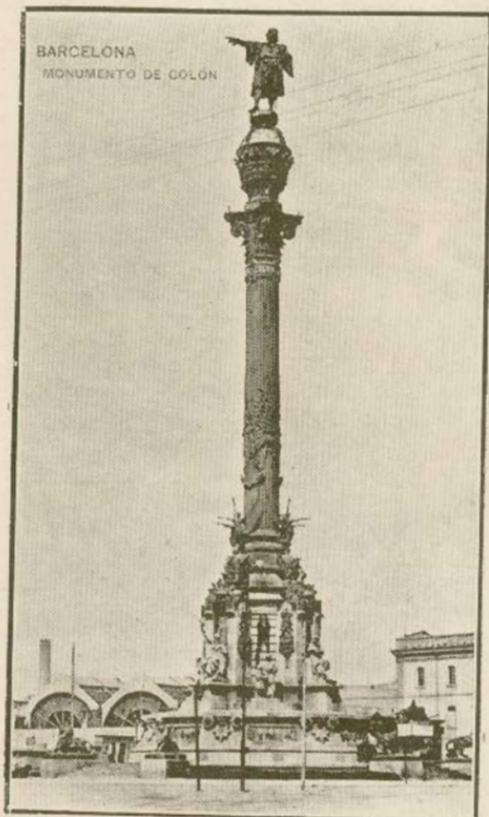
La vida y el ejemplo de esos seres privilegiados influye poderosamente en todas las generaciones que les sobreviven, las cuales están obligadas á seguir transmitiendo la sugestión recibida, la corriente magnética de la verdad y la justicia, destinada á unir el más remoto pasado con el porvenir más distante. El caudillo de una guerra, el conquistador ambicioso, el conculcador de los derechos de los pueblos, parece que hubiesen tenido el secreto de cautivar las simpatías, con preferencia á cualquiera otra clase de méritos, pues cuentan quizás con más biógrafos y admiradores que los hombres que se han sacrificado por algo verdaderamente provechoso á sus semejantes. Sin embargo, el espíritu moderno se inclina en otras direcciones, y en frente de las figuras de Alejandro, César, Tamerlán y Napoleón, levanta pedestales incommovibles al genio de Guttenberg, á la caridad de Vicente de Paúl, á la inspiración y la fe de Colón, á la grandeza de Washington y Bolívar, á las revoluciones científicas de Jénner, Edison y Pasteur, y tiempo habrá de llegar en que el recuerdo de los héroes sedientos de sangre humana, se borre del todo, para dar campo únicamente á los bienhechores, á los sabios, á los altruistas, á los abnegados, á las lumbreras resplandecientes, que en una ú otra forma han orientado á los hombres para la fraternidad y el bien, en el desierto sin orillas de la vida.

Ahí está Colón proclamando, desde lo alto de su pedestal acariciado incesantemente por las olas, bajo el inmenso palio del firmamento, la misión que Dios le señalara y el modo como la cumplió.

La superioridad de carácter y la suprema fuerza de voluntad con que el inmortal marino genovés llegó á coronar en titánica lucha su esfuerzo meritorio y paciente; su profunda inteligencia para sustraerse al imperio de las ideas reinantes de la época, entre las cuales prevalecía la de que la tierra era un inmenso disco plano, y oponer á las conclusiones de la Universidad de Salamanca la demostración de la esfericidad del mundo terráqueo; su fácil comprensión para aprovechar en favor de su proyecto, cuantas observaciones le proporcionaban sus viajes y entrevistas y las exploraciones de otros marinos; lo seguro de su juicio para sostener que, fuera del mundo entonces conocido, debía haber más tierra

y un camino más corto para llegar á las Indias; su perseverancia para ir de un país á otro, discutiendo con los sabios, deshaciendo preocupaciones, soportando los mordaces dicitos y la rechifla de la ignorancia engreída, insistiendo con emperadores y reyes para que le facilitasen cuatro tablas, unas varas de lona y algunos compañeros con quienes lanzarse á un océano sin riberas en busca de regiones ignotas; su indomable constancia y serenidad para sobreponerse á todas las dificultades, desengaños y padecimientos, hacen de este hombre extraordinario un héroe intelectual y un héroe práctico, cuya gloria lejos de menguar con el tiempo, está llamada á agigantarse cada vez más con las edades venideras.

En el cerebro de aquel genio, inmenso como el mar, en el cual buscaba la inspiración, bullían las tradiciones del Tineo de Platón sobre la *Atlántida*, puestas en boca del gran sacerdote del Sais en su diálogo con el legislador ateniense; las bellezas de la *Antilla* imaginada por los fenicios; los tesoros de las *Islas Afortunadas* cantadas por los poetas; las *Maravillas del Mundo*, descritas por el veneciano Marco Polo, primer descubridor del Extremo Oriente, y sobre todo, la idea fija de encontrar la misteriosa *Cipango*, el país ideal de las especias, de las flores raras, del oro y de las piedras preciosas. Pero á la vez el sombrío pensamiento de sucumbir como un loco extravagante, ó como un temerario incorregible empeñado en realizar un sueño utópico, le atormentaba ferozmente, y en sus horas de desmayo, consiguientes á la lucha interna, sólo su ciencia y su inquebrantable fe, pudieron servirle de armadura, sostenerle erguido, darle confianza y sacarle vencedor.



Monumento de Colón.-Barcelona

La expresión netamente característica de los teutones: *ó hay camino ó lo hago*, parece que desde entonces hubiese sido el lema del escudo de Colón, en aquella época de caballeros que en peligrosas hazañas conquistaban una corona ó un jirón de púrpura, por su rey y por su dama, y á la postre llegaban á un convento en solicitud de un sayal con que amortajar sus glorias.

La historia de las dificultades, de la oposición sistemática y de las persecuciones, es la eterna historia de cuanto bueno han ejecutado los hombres, pues por lo general todos aquellos que han realizado una idea redentora, no han tenido ni siquiera la perspectiva de una próxima recompensa. Así los grandes proyectos, las revoluciones más provechosas, los descubrimientos más útiles han solido concebirse en la oscuridad, madurarse en la contradicción y la lucha, llevarse á la práctica entre la envidia y la miseria, porque el genio de verdad, que tiene el privilegio de ver sin prevenciones y sentir sin necesidad de ajenos excitantes, salta por sobre todos los obstáculos, y no se detiene sino cuando ha llegado al coronamiento de sus propósitos.

La triste peregrinación de infortunios, principiada en tierra por el incomparable marino, tenfa que llegar á su colmo en las vastas é inhospitalarias soledades del mar. El temor, las preocupaciones, la intriga, el silencio abrumador del vigía, los repetidos desengaños de encontrar tierra, tomando forma de sublevación exigían á todo trance el abandono del peligroso viaje. Pero la luz de la esperanza, brillante siempre en el horizonte, á raíz de cada desencanto, reconcentró las fuerzas vitales del sabio audaz para mantener siempre en alto la idea salvadora, que por fin se convirtió en risueña realidad, cuando las primeras algas, flotando junto á las carabelas, hicieron comprender á Colón que ya estaba muy cerca de tierra.

La aparición de la isla llamada de San Salvador en el grupo de las Lucayas, EL 12 DE OCTUBRE DE 1492, tierra de promisión levantada entre la espuma de los mares, coronada de bosques odoríferos y ataviada con toda la pompa de la naturaleza tropical, fué como la voz del genio que impuso silencio á los amotinados é inició la era más fecunda en descubrimientos geográficos de que tengan noticia las edades.

Con el grande hombre vino también la civilización cristiana; y la Cruz que brillara en el palacio de los Césares, en el escudo del cruzado, en lo alto de las catedrales, en el silencio de los cementerios, en la corona del monarca, en la tiara del pontífice y en el pecho del prelado, la Cruz, que en manos de Fernando é Isabel acababa de eclipsar en España la Media Luna del profeta, recibió en aquel memorable día el primer ósculo del sol, junto al pendón de Castilla, en las vírgenes playas del Nuevo Continente.

Sin embargo, faltaba al héroe la corona del martirio, que la ingratitude se apresuró á tejer, mientras los labios del anciano abatido por

la desgracia en sus últimos días, pronunciaban estas sencillas y conmovedoras palabras: «Yo, natural de Génova, descubrí el Continente é islas de India». Veterano fiel de una idea luminosa, después de figurar como protagonista en uno de los más colosales poemas que hayan admirado los siglos, no descendió en el infortunio á convertirse en héroe de sainete. ¡Gloria al insigne Almirante y á su inmortal Protectora!

R. Matias Guesada



De Prehistoria

No es posible aún asegurar con datos científicos el origen de los primitivos pobladores del continente americano. Mr. D. G. Brinton (1), el admirado autor de *Races and Peoples* y otras concienzudas obras acerca de los aborígenes de América, combate la opinión tan generalizada de que procedían de la Polinesia, demostrando sagazmente que la parte oriental de estas islas fué poblada por gentes de las occidentales en época reciente: como 2,000 años.

M. Quatrefages en su *Histoire des Races Humaines*, publica un minucioso mapa en que señala las rutas que supone siguieron los japoneses para llegar á América. Indudablemente—expone una distinguida escritora—(2) los aborígenes de las orillas del Océano Pacífico fueron en un principio japoneses, y en prueba de ello refiere el sabio Marqués de Nadaillac, que entre 1872 y 1876, cuarenta y nueve embarcaciones japonesas fueron arrojadas por las corrientes marítimas hasta las costas americanas.

Las tribus que poblaban la parte Norte del departamento de Panamá, — agrega en otro lugar, — y las que vivían en los límites de Costa Rica, eran, según los historiadores más fidedignos que de ellas se han ocupado, muy parecidas á las naciones del Centro de América, y, por consiguiente, hijas de una raza indudablemente oriunda del Japón, así como las que poblaban las márgenes del Océano Pacífico.

— — —

(1) *The American Race*.—New York—1891.

— — —

(2) *Los indígenas del litoral de Santa Marta*.—Estudio presentado por doña Soledad Acosta de Samper, Delegada oficial de Colombia al Congreso de Americanistas, celebrado en Huelva el año 1892.

Para el ilustre Haeckel, América debió haber sido poblada desde el Este del Asia Septentrional por la misma tribu mongólica de la que se separaban los árticos (*hiperbóreos y esquimales*). Dichos mongoles se extendieron primero por toda la América del Norte, marcharon luego á la América Central, y desde allí, por el istmo de Panamá, llegaron al Sur de aquel continente. Ya se sabe la opinión de Müller, refiriéndose á la *mongolomania* de muchos sabios. “Estos—dice—convierten la raza mongola en un inmenso saco en el cual meten todo aquello á que no pueden dar explicación satisfactoria”.

La teoría favorita para Mr. Brinton es que los primeros habitantes del Nuevo Mundo procedían del Asia nordeste, bien á través de las islas Auletian ó cruzando el estrecho de Behring.

En oposición á estas teorías, sostienen algunos otros la de que las diversas razas humanas tienen un origen autóctono, siendo, por lo tanto, distintas las unas de las otras.

Investigaciones modernas, estudios especiales de cada una de las diversas regiones americanas, encaminan su orientación en el sentido de considerar los primitivos pobladores de América como extraños á su suelo.

Después de las notables investigaciones del publicista sudamericano don Florentino Ameghino, cuya monumental obra *La Antigüedad del Hombre en el Plata*, tanto ha contribuído al esclarecimiento de los vestigios de la industria humana en aquella parte del continente, trabajos que han sido desarrollados con igual tendencia y amplitud por M. Gaudry en Francia, acaba ahora otro argentino no menos ilustre, el señor don E. Oates (3), de presentar ricas observaciones acerca del origen de los primitivos sudamericanos. Según su opinión, no ha habido allí autóctonos: no ha podido aparecer en su suelo el hombre. Es pues, inmigrante en la América. Parece sí fuera de duda que hay motivo para inferir la existencia de dos grandes tipos como elementos étnicos primitivos de la Patagonia: verosimilmente el dolicocéfalo del N. E. americano y el braquicéfalo del N. O.

De extenderse esta suerte de investigaciones concienzudas por nuestra América, podríamos llegar al conocimiento posible de los aborígenes del Continente. Mucho aceleraría este resultado, por otra parte, la aplicación de la ciencia geológica. Merced á sus descubrimientos, se puede asegurar que el hombre vivió en el Norte y en el Sur de América al final de la época glacial, cuyo período deberá corresponder á la época musteriana de Europa.

A la Geología debe el escritor mejicano don Mariano de la Bárcena el conocimiento, ya universalmente aceptado, de que los vestigios del hombre en el valle de Méjico; fueron encontrados en rocas cuaternarias.

G. Frederick Wright, en su interesante libro *The Ice Age in North America* refiere la presencia y la actividad del hombre, así como la construcción de herramientas y el empleo del fuego, durante los acontecimientos de la época cuaternaria.

(3) *La edad de la piedra en Patagonia*.—Buenos Aires.—1905.

Brinton, en la obra citada, y Rodolfo Cronau, en su precioso libro *América*, atestiguan la existencia del hombre, durante y después del período glacial.

A la Geología debemos el hallazgo de huellas humanas, encontradas en Centro América, impresas en la toba de un antiguo volcán ya extinto y que se conocía con el nombre de Tizcapa, en Nicaragua. La dicha toba, de un tinte amarillento, se hallaba sobre una superficie de arena pajiza, y estaba cubierta por catorce capas bien distintas de piedra y depósito antes de llegar al fondo.

Atribuyen los geólogos, según Cronau, la arena conchífera cubierta por la toba á la época perteneciente al período intermedio entre el plioceno y el eoceno. La capa de piedra, ó sea la séptima, contando de arriba á abajo, y que se hallaba sobre la toba, contenía restos de mastodonte.

Si la ciencia no ha llegado todavía á la resolución de tan graves problemas, no hay por ello que considerarlos irresolubles.

Monografías precisas, detalladas, de cada lugar del continente, registradas sobre la base de los actuales conocimientos científicos en la craneología, arqueología y la ciencia de la Tierra, acusarían quizás inmigraciones bien distintas al suelo americano.

Cuando el estudio de este hemisferio abarque un área más dilatada y al mismo tiempo más profunda del subsuelo, tal vez los hechos surjan como caracterizaciones de alguna teoría, sobre la cual aprovecharán hasta las menores investigaciones de cuantos han aspirado á su estudio.

Del hombre, de ese hombre cuyo origen se desconoce, es de donde habrá de llegarnos la luz esplendorosa de la verdad.

Esperamos poder ampliar en sucesivos números de este Boletín, algunos de los conceptos sucintamente expuestos en el presente artículo.

F. Lloret Bellido



¡Ancha es América!

No acude á mí la inspiración á toque de campana. A veces me retoza la risa el día de difuntos ó lloro á mis muertos en Carnestolendas. Por eso, sólo acepto la tortura de escribir en publicaciones ocasionales ó conmemorativas cuando vale la pena de quemar, en aras de distinciones tanto más agradecidas cuanto menos se merecen, la negra honrilla de escritor.

¡Colón, Colón! Nada: mi rebelde imaginación se niega á la visión del audaz genovés conquistando para la civilización un nuevo mundo. Quiero ver á la raza aventurera y sobria que al arribar á estas tierras gritó que «ancha es Castilla», y veo, por el contrario, á estos hermanos de América desembarcar en España con aire de combate y pendón que lleva el mote de «ancha es América». Sí; hay que ir á Burgos á decir á los viejos castellanos que el habla no es finca de mayorazgo, ni coto cerrado; que la heredad ha recibido en estas latitudes labor de fondo y riego fecundísimo; que no esperen por el *expres* de Francia todas las palabras que para atender á nuevas modalidades del pensamiento existen en Europa, porque aquí el genio de la lengua y la sangre de la casta han inventado algunas gráficas y preciosas, que valen más.

Artistas y literatos americanos, que habláis la lengua de Cervantes: ¡á la conquista de Madrid! Pero no con nuestro diccionario, sino con el vuestro; no suplicando, sino imponiendo; no desdeñosos, sino conociendo también lo que allí vale; no con arte afeminado, producto de vuestro estudio del decadentismo europeo, sino con inspiración vuestra, con un arte propio, varonil, vigoroso, que están pidiendo esta naturaleza salvaje y hermosísima, estas montañas que tocan á los cielos, vuestros rientes valles, los temblores ó palpitaciones con que esta tierra virgen acusa su poder creador de madre fecundísima, y el amor de vuestras bellísimas mujeres.

Si no atendéis, artistas, á vuestra gloria, llevando vuestra producción á Europa y en especial á España, quizás descuidáis también la educación de vuestro pueblo, dejándole formar un concepto equivocado de los hermanos de raza del viejo continente. Oigo, con sorpresa, que se me pregunta por autores españoles, franceses, portugueses ó italianos de segunda ó tercera fila y se desconocen obras y autores de más nervio y enjundia. Y es, artistas, que no dirigís la librería; que, quizás, llega de preferencia lo barato y de desecho, las malas traducciones, lo que á estos libreros recomiendan editores á lo yanqui y no lo que los buenos autores no quieren malvender; si acaso, lo que escriben los periodistas europeos y elogian sus compañeros y compadres.

Vosotros, artistas y hombres estudiosos, conocéis, sin duda lo malo que se anuncia y que compráis por sí es bueno y lo que vale de

verdad porque os lo recomendáis unos á otros. Evitad el extravío del público que lee, pero que no tiene obligación ni tiempo de comparar; yo he encontrado aquí publicaciones que son perfectamente desconocidas en España y que algunos creen que son de las mejores de mi país y de las más leídas. Trabad relaciones con europeos que ansían las vuestras y no olvidéis que la prensa periódica es hoy en Europa un negocio editorial á través y por bajo del cual hay que buscar las aguas puras, siendo deber de conciencia para los escritores de ambos continentes, hacer pozos artesianos para alumbrarlas y que broten á la superficie.

Arturo Pérez Martín



La casa de Colón

Débil y trabajado de cuerpo y de espíritu volvió Colón á España de su cuarto y último viaje, el más fecundo en bienes para la humanidad después de haber descubierto el continente americano desde Trujillo hasta Porto Belo con las dificultades de un mar desconocido y las tristes condiciones de navios inútiles para navegar por mares bravíos; y en tierra, contra el natural derecho de indígenas que eran dueños de su suelo y de los palenques donde nacieron.

A su paso estuvo en la isla *Quiriviri* (Uvita), trató con los indios Cariari (Limón) llevando alta idea de su entendimiento, astucia y sentimientos delicados al devolver con altivez, los objetos recibidos de Colón porque éste rechazó los presentes de algodón, frutas y raíces que en abundancia ofrecieron á los españoles.

El Genio de lo desconocido, buscaba un estrecho que uniera los mares de Oriente á Occidente, con tal convicción, como si conociera el punto que la Naturaleza había designado para la unión de ambos Océanos. El tiempo borrascoso y el mal estado de sus naves, le hicieron volver desde Porto Belo y entrar en el pequeño puerto del Retrete, única tierra afortunada del continente americano que pisó Colón: de este puerto, se fué al río Belén en donde sufrió, además del dolor físico, cada vez más agudo, las privaciones; y muerta la esperanza de coronar la obra de su colosal descubrimiento. Los elementos, el río y el mal estado de sus navos conspiraban de consuno contra él; pero el genio, la valentía del héroe y una intuición secreta, le hacían surgir sobre tanto contratiempo. La creciente del río le puso á salvo y se dirigió á Jamaica.

¡Un año en Jamaica sin naves ni alimentos y postrado en cama! Allí hubiera perecido ignorado, sin la heroica determinación de Diego Méndez que, en una canoa, se lanzó al mar proceloso con rumbo á la Española para conseguir una embarcación de Nicolás de Ovando que tornara al Almirante y á ciento treinta españoles.

Aquel, traidor y suspicaz, deseaba la muerte de Colón para gozar libremente de la prebenda. Diego Méndez compró una carabela la que se dirigió á Jamaica para sacar al Almirante y á los suyos de tan triste situación volviendo con todos á la Española. Colón arregló algunos asuntos particulares en Santo Domingo y, en lamentable estado de salud, partió para España llegando á Sanlúcar de Barrameda el 7 de Noviembre de 1504. Fué trasladado á Sevilla con esperanza de que los Reyes le cumplieran sus promesas; por su desgracia, la Reina Isabel, su magnánima protectora, la mujer que le comprendía y hacía justicia á su talento, la que llevaba á la par con él la gloria del descubrimiento del mundo desconocido. acababa de morir.

Rudo golpe fué para Colón esta noticia por lo mucho que la quería y respetaba y, por el estado de abandono en que quedaban sus negocios. Dió tregua á su sentimiento y al de la Corte; después, en Mayo de 1505 se dirigió á Segovia, en donde se encontraba el Rey, le siguió más tarde á Salamanca y Va-

Valladolid, suplicando siempre se le respetaran sus derechos y concesiones. El Rey Fernando no fué afecto nunca á Colón; si bien le guardaba las atenciones de caballero, no le hacía justicia como rey. La Corte marchó á la Coruña y Cristóbal Colón quedó tullido y sin poderse mover del lecho, falto de recursos según él mismo declara en documento digno de crédito:

“Y digo yo, Cristóbal Colón, que hallándome en trance de muerte, sin más testigos de mi última hora que el marinero Gil García, en cuya casa de limosna me hallo, nombro como herederos de todos los cuantiosos bienes que los Reyes Católicos me prometieron, á mis hijos don Diego y don Fernando”.....

Viendo Colón que se acercaba el instante supremo, hizo que le vistiesen el hábito de San Francisco y entre el dolor de sus enfermedades corporales y las congojas de su espíritu *dió el alma á Dios el día de su Ascensión el 20 de Mayo de 1506 en la dicha villa de Valladolid, diciendo estas últimas palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu».*

Murió á la edad de setenta años poco más ó menos.

Aquel grande hombre, gloria inmarcesible de España, lumbrera de su siglo, honra de la humanidad, había dejado de existir, sin que su falta produjera la sensación que era de esperar. Un escritor ha dicho: los sabios son como los cirios que por alumbrar á los demás se consumen ellos, y si á alguno puede aplicarse esto, es á Cristóbal Colón. Consumió su existencia en provecho de todos los pueblos, abrió nuevas vías al progreso humano, dió carácter á la edad moderna, sin obtener siquiera en el momento de morir las muestras de gratitud á que sus méritos le hacían acreedor.

En qué casa murió Colón? Fué el problema por mucho tiempo de los colombistas. Resuelto ya por datos auténticos, que murió en la casa número dos de la calle Ancha de la Magdalena que siempre han poseído como de mayorazgo los que llevan este ilustre apellido. Hoy esa calle se llama de Colón y la casa está marcada con el número 7.

Mil veces la hemos visto. Es casa pequeña compuesta de planta baja y un piso alto. Su fachada conserva verdaderamente cierto sabor y tinte solemne de indudable antigüedad. Es, así, como construcción morisca por la pobreza de luces á la calle. Su entrada es de puerta de arco, encima de él, una ventana con reja formando cuadros; y á los lados, dos ó tres luceras redondas á manera de las ventanillas de los vapores.

El ayuntamiento de Valladolid colocó una lápida de mármol en la fachada de aquella casa, que sencillamente dice:

AQUÍ MURIÓ COLÓN.—GLORIA AL GENIO.

El Académico de la Historia don Cesáreo Fernández Duro, publicó datos importantísimos que demuestran la exactitud de la creencia que en esta casa vivió y murió Colón. El Ducado de Veragua la conserva como de su propiedad; la Academia de la Historia la tiene declarada Monumento Nacional y el Ayun-

tamiento de Valladolid la considera como la mejor joya de los edificios públicos. Todos la conservan en su primitivo estado; ninguno la reforma.

Si la casa en donde Colón murió no ofrece duda, no pasa lo mismo con la fecha de su fallecimiento.

Don Fernando Colón, Fray Bartolomé de las Casas, el libro Protocolo del convento de Santa María de las Cuevas de los Cartujos de Sevilla, afirman que Cristóbal Colón murió el día de la Ascensión del Señor, 20 de mayo de 1506. Los testigos son intachables, el hijo, el gran amigo P. Las Casas y el asiento de su entierro, son pruebas irrecusables; sin embargo, está demostrado que el veinte de mayo del año 1506 fué miércoles y la Ascensión el 21.

El Sr. Fernández Duro consultó la Letra Dominical, Aúreo número y la Epacta de aquel año; la Ascensión del Señor cayó el jueves 21 de mayo. En el Archivo municipal de Valladolid se conserva el Libro de Actas que empieza en el año de 1502 y termina en 1514. En el mes de mayo de 1506 se celebraron sesiones el sábado 16 y el viernes 22, con lo cual viene á obtenerse la misma convicción y resultado: y admitiendo como dato fijo la fecha del 20, porque en ésta no puede suponerse equivocación, falleció Cristóbal Colón en miércoles, víspera de la fiesta de la Ascensión.

Pobres y miserables fueron los funerales que se tributaron á los restos del hombre más célebre de la historia, en la parroquia de Santa María de la Antigua. El venerado cuerpo fué depositado provisionalmente en la Iglesia de San Francisco, hoy cuartel de infantería; y cumpliendo los hijos del gran Almirante su voluntad, trasladaron el cuerpo á Sevilla, depositándole en la capilla de Santa Ana que hizo construir el Prior don Diego de Luxán.

Si mucho navegó en vida el intrépido marino, no ha sido menos lo que han recorrido sus venerados restos. Cristóbal Colón no ha salido ni en vida ni en muerte de sus queridos mares de las Indias. Desde Sevilla fueron trasladados sus restos en 1544 á la Isla Española y depositados en la capilla mayor de la Iglesia Catedral de Santo Domingo.

Por el tratado de Basilea, España cedió á Francia el territorio que poseía en la Isla de Haití; pero antes de hacer la entrega, el Almirante don Gabriel de Aristizabal, tuvo el patriótico pensamiento de no dejar en tierra extraña los restos de Cristóbal Colón y colocados en nuevas cajas, los condujo á la Habana en enero de 1796. Los preciados restos fueron conducidos á la Catedral y colocados al lado derecho de la capilla mayor.

Se han querido mixtificar en Santo Domingo éstos por otros; pero la parodia concluyó en ridículo.

Al tener que abandonar España, por la fuerza de la fuerza, la Isla de Cuba en 1898, fueron también salvadas las preciadas reliquias de Cristóbal Colón, llevándolas á Sevilla, donde descansan en la suntuosa Catedral.

¡Descansen en paz y eternamente!

España poco á poco ha ido perdiendo el mundo descubierto por Colón; pero una intuición de respeto al ilustre genio ha dominado á todos los españoles

para conservar el tesoro de su caja mortuoria, y en los momentos difíciles de la historia, se han abrazado á la reliquia santa para hallar consuelo, en los desastres que el dolo ó la ambición han preparado.

España perdió la América; pero no perdió á Colón: forma parte de nuestra historia más gloriosa y descansa en tierra española.

Hoy, 12 de octubre, los genios de España, de Cristóbal Colón, de Isabel la Católica y de Martín Alonso Pinzón, saludan á la América Latina, no con el grito de ¡Tierra! de 1492; sino con el consejo salvador de ¡Unión! ¡Unión!

Angel Orozco



El sepulcro de Colón

Nuestro amable profesor de historia en el curso primario era un hombre minado por aguda enfermedad del pecho y por lo mismo nervioso y vehemente. Tenía la vocación del magisterio y la predilección de su interesante asignatura.

En aquella mañana en que nos hizo el relato de las peregrinaciones y torturas de Colón, antes y después de su portentoso descubrimiento, sus ojos se humedecieron y la palabra apagada como el eco débil de un sollozo nos hizo estremecer á todos.

Maestro, la elocuencia que nace del corazón es divina é inolvidable. Tu recuerdo al evocar el del marino genovés se despierta vivaz y nos transporta á los felices días de nuestra adolescencia.

El primer Almirante de las Indias dejó de existir el 20 de mayo de 1506. Su agonía fué la de un santo, pero en sus últimos instantes una duda cruel sobre la justicia de los hombres y la generosidad de los reyes hizo asomar una triste sonrisa á sus labios descoloridos.

Su cadáver fué llevado con pompa al convento de franciscanos de Valladolid por los hermanos de la orden tercera y allí fué sepultado. Todo parecía concluido. Las plegarias de la liturgia católica anuncian y prometen para nuestros despojos mortales el reposo y la paz. Pero un destino misterioso que pesó sobre la vida inquieta del Almirante debía prolongar sus peregrinaciones más allá de su terrenal existencia.

En 1513 sus restos fueron trasladados al convento de Santa María de las Cuevas, en los suburbios de Sevilla; en 1541, para cumplir un deseo manifestado por el Almirante, se le trasladó á la catedral de su querida isla Española; en 1796 nuevo viaje: cedida esa antilla á los franceses, se llevaron los españoles los huesos venerandos á la Habana; finalmente y como consecuencia de la guerra hispano-americana, antes de abandonar definitivamente á Cuba toman de nuevo las reliquias, sacratísimos penates, y las trasladan en enero de 1899 á la ciudad de Sevilla.

En las naves majestuosas de aquella prodigiosa catedral, entre tantos tesoros de arte legados por los siglos en que imperó la fe; retablos maravillosos, cuadros, esculturas, orfebrería y telas deslumbradoras recamadas de piedras preciosas, más que todo, el sepulcro de Colón atrajo nuestra contemplación enternecida y silenciosa.

No por cierto por la belleza de la forma. El monumento es moderno y está firmado por Arturo Mérida. Del informe de la Academia, que premió el concurso abierto con ese objeto, copiamos el párrafo siguiente:

“Cuatro Reyes de armas llevan en hombros el féretro de Colón y visten loras luctuosas por el muerto, con insignias de gala por la exultación del glorioso Almirante; son los portadores aquellos de quienes decía Gonzalo Fernández de Oviedo: traen demás de la cota real vestida, un escudo de oro sobre el corazón,

Sepulcro
de Colón en la
Catedral de Sevilla



uno se dice Castilla y trae el castillo de oro en campo de gules, otro se dice León y trae un león de púrpura en campo argenteo, otro se dice Aragón y trae cuatro bastones de roscicler en campo de oro, otro se dice Navarra y trae un marro ó alquerque de cadenas de oro en campo sanguino; ellos son los representantes de los reinos de Isabel y de Fernando, ellos los reunidos por la política de los soberanos que alcanzaron una corona más en las Indias”.

Los cuatro representantes de la monarquía española custodian la caja de plomo cubierta por vistoso manto real en la que yace un puñado de polvo consagrado por la gloria y respetado por el tiempo.

En aquella catedral poblada de cristos y de santos coloreados, en la catedral de la semana santa legendaria y en la nave iluminada por los alegres rayos del sol sevillano, el monumento de Mérida no desentona, es un himno á la raza castellana que muestra al mundo como su máspreciado trofeo el genio de su hijo adoptivo.

Pero Colón que pertenece á todas las razas, Colón héroe de la voluntad, Colón vidente y santo del siglo XV, exige una tumba de grandiosa sencillez, algo semejante á las que concibieron los artistas de la primera época del Renacimiento italiano para sus príncipes, guerreros y prelados, una estatua yacente, dormida para siempre, uno de esos mármoles luminosos de inspiración, que en la media luz de una capilla austera realizan la transfiguración de la vida mezquina en la inmortalidad del arte.

Las tumbas de los Papas en San Pedro de Roma con sus grandes figuras y sus gestos teatrales, la capilla de los Médicis erigida en Florencia, gloria de Miguel Angel, el monolito que guarda los despojos de Napoleón en la cripta de los Inválidos ó aquellos sombríos recintos del Panteón de París en que están sepultados un gran pensador y un gran poeta, que personificaron á sus siglos, son lecciones singulares de humildad para el orgullo de nuestra especie.

La urna cineraria de Colón, á pesar de la incertidumbre sugerida sobre la autenticidad de los despojos allí guardados, incertidumbre que serviría al sombrero Hamlet que dormita en toda imaginación humana para burlarse una vez más de las recompensas de ultratumba, para reir de los espejismos de la gloria, esa urna decimos, que los pueblos de América deberían visitar en cruzadas como el más sagrado de sus cultos, tuvo para nosotros un resplandor celeste, una palabra profundamente religiosa, superior á las que el espíritu del gran guerrero, del artista y del santo nos dijeron al oído y que sólo podría ser superada por la armonía inefable de nuestras creencias evocadas ante la piedra tumular y el sepulcro abierto y luminoso de Jerusalem.

Alejandro Alvarado Quiros

A Cristóforo Colombo

Recorriste la curva del hirviente oceano
con la mirada fija en lo desconocido,
en pos de un mundo nuevo al genio prometido,
en pos de un continente que ocultaba el arcano.

El ponto proceloso cruzaste en soberano
vuelo, como si fueras un cóndor atrevido;
tu ensueño de vidente miraste convertido
en un hecho, imposible para otro sér humano.

A las primeras luces de una rosada aurora,
que fué á peinar las crines de seda de la bruma,
conquistaste la cumbre de tus anhelos grandes.

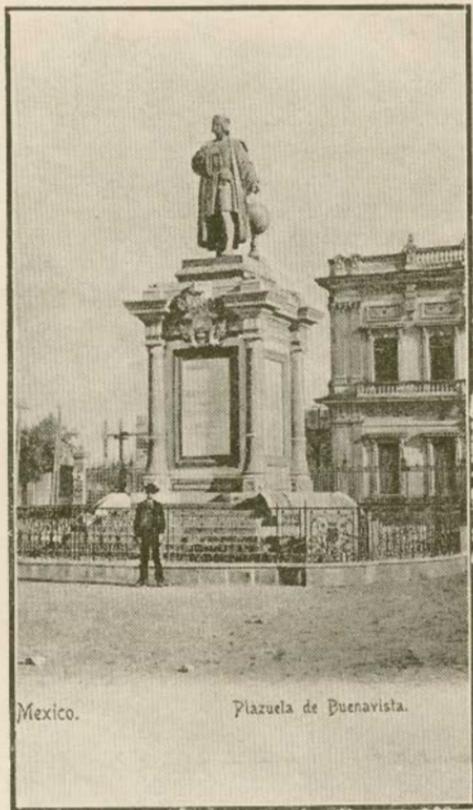
Y surgió el continente bajo el dosel de Flora,
como una nueva Venus de la nevada espuma,
y el triunfo de tu audacia repercutió en los Andes.

Lisimaco Chavarria

Amanecía: insomne y calenturiento, Colón, el viejo de grandeza tanta que su época no pudo comprender, recostado á la borda de su carabela, miraba pensativo el horizonte, y en el horizonte el surgir de entre las brumas de la negra, inmensa, interminable faja de aquel continente que parecía no acabarse jamás. Allí en aquella tierra veía él, al través de su imaginación, ocultos en las peñas los tesoros, fluyendo en los ríos las arenas de oro y creciendo en los bosques misteriosos los árboles que habían de dar las especias los unos, arras y sutiles pócimas los otros y esencias maravillosas los demás; y entre aquellas regiones umbrías se figuraba el bullir de mil razas extrañas y batalladoras, devorándose las unas á las otras en pavorosas contiendas, las almas carcomidas por la impiedad y la idolatría é ignorantes del dominio espiritual del Vicario de Dios en la tierra y de la grandeza de los cristianísimos y muy poderosos Rey y Reina de España, para cuyo señorío y mayor gloria había él descubierto tantas maravillas.

Era un domingo dieciocho de setiembre del año de mil quinientos dos; la marinería llena de fatiga pedía descanso después de las azarosas refriegas del Cabo Gracias á

Dios y del río Desastre, y Colón bien comprendía que merecían y necesitaban el descanso tanto ellos como él y como su hijo, á quien la ardientia tropical de aquella eterna primavera mantenía en alarmante postración.



Mexico.

Plazuela de Buenavista.

Monumento de Colón en México

Su hijo, he aquí lo que para aquella alma noble y envejecida constituía todo en el mundo. Gloria, cariño, ambición. En los grandes hombres todo es grande, grande la fe, grande la sinceridad, grande la limpieza del alma, grande la verdad y grandes los afectos; todo en ellos reviste proporciones mayores que los hace insensiblemente sobresalir y formarse una aureola primero y un culto después.

Tan grande era el cariño de Colón para sus hijos que confiesa en sus escritos que en este cuarto viaje, verdadero viacrucis de todos los dolores, los que con más intensidad acicateaban su alma eran los de haberse hecho acompañar por uno de sus hijos y el no saber si para éste y para el que en España quedaba tendría algo que dejarles al morir.

A descansar, pues, á buscar en aquella playa que tan hermosa se ofrecía, sosiego para tantos cuerpos angustiados y enfermos. El Almirante ordenó la maniobra y las carabelas con suave y regocijado viraje fueron en requerimiento de la cercana rada; allá un puerto de fácil acceso, cerca un río de linfas puras y rumorosas y al frente una isleta cubierta de altivas palmeras y bordada por las espumas blanquísimas del Caribe inquieto y juguetón.

Echada el áncora y recogido el destrozado velamen, quedaron las carabelas meciéndose suavemente sobre las aguas verdes del piélago, y aquel aire puro, aquel terral henchido de suaves esencias que dilataba los pulmones, parecía junto con la hermosura casi fantástica del paisaje, levantar los ánimos abatidos, llevar confortación á las almas, y hálitos de esperanza á los corazones que parecían haberla perdido toda.

Muchos días pasaron el Almirante y su gente en aquel puerto que se llamaba Cariari ó Cariay y que lleva hoy el nombre de Limón y es asiento de una de las ciudades más florecientes y prósperas de Costa Rica; muchos días que fueron de grato descanso y noble esparcimiento, atendidos siempre con gentil solicitud por los indios que parecían empeñados en hacer amable la vida á aquel anciano de cabellos blancos y ojos tristes, en cuya faz tan intensa huella habían impreso los dolores, los quebrantos y los desengaños.

Y entonces, al sentirse tan extrañamente agasajado por aquellos salvajes de piel cobriza que no sabían quién era él ni cuáles sus méritos ni cuánta su gloria, sentía Colón renovársele los dolores de los ultrajes recibidos de aquel ciego é iracundo caballero de Calatrava don Francisco de Bobadilla que lo mandó prender y encadenar, y de la negra traición de aquel Espinosa que se prestó voluntariamente á ponerle los grilletes, que más fueron testimonio de la ingratitude humana que muestra de su baldón; y aun cuando la historia acudía mil veces á su memoria con los ejemplos del martirologio de la grandeza y de la gloria, Colón no podía explicarse la inmensa y terca cegue-

dad de los suyos, que lo llamaron loco cuando la expedición fué un proyecto, que lo trataban como criminal cuando su proyecto fué una hermosa realidad y que no pensaban en que toda la energía de su vida, todos los esfuerzos, todos los estudios, todos los sacrificios y desvelos los había él dedicado á aquella empresa, afrontando las burlas de la ignorancia y la susceptibilidad iracunda de la ortodoxia y que, sin embargo, no sabía si al regresar á España tendría un mendrugo que comer y una cama en que morir el Almirante y Virrey de las Indias: esa duda era el premio de su gloria.

Los indios de Cariay ofrecieron á Colón cuanto tenían: las mantas toscas con grande esfuerzo labradas, los espejos de oro, los ídolos de piedra, las hachas y las flechas y hasta las doncellas más hermosas de la tribu; y cuando su hermano resolvió bajar á tierra, los patriarcas cariareños hicieron de sus brazos una litera, lo internaron en sus dominios, lo hicieron reposar en la yerba suave y renovaron el homenaje y los ofrecimientos, devolviéndole cuanto de manos de Colón y de los e-pañoles habían recibido.

Días después el Almirante siguió su rumbo; su temperamento no le permitía el descanso, su elemento era la lucha y en la lucha siguió con el mar, que indómito batía las carabelas, con los marineros inclinados siempre á la rebelión, con los indios de Jamaica, que querían hacerlo morir de hambre, y con el Gobernador de la Española, que ningún auxilio quiso prestarle en el durísimo trance en que se hallaba; y siempre en ese éxodo de dolor y de angustia, henchía su alma como un hálito bienhechor de dulzura y de consuelo, el recuerdo de Cariay y de la noble acogida que sus nativos le dispensaron.

Costa Rica recordará siempre con orgullo que en su suelo encontró unos días de bienestar el descubridor de la América, para quien la vida fué una serie de etapas de dolor, y recordará también que quienes dieron acogida paternal y cariñosa al Almirante, fueron aquellos caribes nobles y hospitalarios en la paz, pero tan altivos y heroicos en defensa de su libertad que el poderío español sólo pudo decir que era dueño del territorio cuando en él no quedó un hombre capaz de tomar las armas: no cuando faltaron el esfuerzo y el valor, sino cuando faltó la vida.

Modesto Martínez

NOTA

La Comisión Directora considera deber suyo, que cumple con el mayor placer, dar las gracias á los señores don Tomás Povedano, don Próspero Calderón y don Daniel Ureña, dignos socios del Ateneo, por la colaboración artística tan importante como preciosa que le han prestado para la elaboración de este número de *Páginas Ilustradas*.

ROBERT HERMANOS

GRAN ALMACEN de ROPA HECHA



PARA LA ESTACION
DE INVIERNO

Durante muchos años ha sido y continuará siendo el primero en su género de Centro América. Constante renovación de todo lo que en materia de vestidos pueda desearse.

Vestidos para Niños
de todas clases y precios

Se ha recibido un completo surtido de
CAPAS de HULE
PONCHOS
MACFERLANES
SOBRETODOS
impermeables
CAPAS pequeñas
para colegiales
ZAPATOS POLAINAS
PARAGUAS desde © 1-50

¡Lo mejor y más barato!

Suscripciones

á periódicos, revistas, novelas y publicaciones españolas de todas clases.

Fotografías artísticas: tarjetas postales: oleografías, grabados y cuadros al óleo.

Luis Nieto

CASPE—55—BARCELONA

Agente, Comisión

y exportación á todos los países del mundo para toda clase de pedidos; especialidad en lo concerniente al ramo de librería. Condiciones al que las pida.

Correspondencia francesa, inglesa é italiana.

DIRIGIRSE

A. Bidón Chanal

CALLE DE ROSELLÓN 218.

BARCELONA (ESPAÑA)

Apartado de Correo 55

J. Arciniegas
Comisionista

San José, Costa Rica

Centro América

IMPORTANTE

En las librerías La Educación, de Lehmann y de Font y C^a, se encuentra á la venta el cuaderno de **ESCRITURA VERTICAL** por Próspero Calderón